

Serie terror
THANATOS

Michael Bannister

En la cresta de la muerte

NOVELA INEDITA



EDICIONES FORUM

**Michael
Bannister**

**En la cresta
de la muerte**

EDICIONES FORUM

1.ª edición: mayo 1985

**Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88 planta 5.ª 08008 Barcelona.**

© Texto: Michael Bannister

© Cubierta: Ballestar - Ag. S. I.

ISBN: 84-7598-110-0

Depósito Legal: M. 14.688-1985

Fotocomposición: T. G. S.

Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)

Impresión: Gráficas FUTURA. Sdad. Coop. Ltda.

Villafranca del Bierzo, 21-23.

Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain - Impreso en España, mayo 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.

Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

Fragmentos de un diálogo

La estancia estaba poco iluminada.

Intencionadamente, parecía.

En un rincón quemaban dos varillas de incienso derramando en el ámbito un aroma dulzón y penetrante.

La penumbra recortaba como en un trazo al carbón una silueta difusa. Algo así como el esbozo en el aire de la cabeza de un hombre. Con largos cabellos que alcanzaban hasta los codos. Por encima del grueso jersey de cuello cisne colgaba una maciza cadena sosteniendo un enorme medallón que penduleaba sobre la mitad del escuálido tórax de aquel personaje singular, cuyas facciones apenas podían distinguirse.

Si acaso, el perfil de una nariz aquilina. El impacto de un mentón acusado, brusco inclusive.

Tenía los brazos encima de una mesa redonda cubierta por un crespón negro, sobre el cual, formando semicírculo, veíanse varias cartas del Tarot.

Aquellos naipes rectangulares que se convertían en un siniestro ornamento de la oscura habitación estaban boca abajo, excepción hecha de tres que, apartados del inquietante semicírculo, descubrían su figura hacia arriba y en posición correcta según estaba situado el misterioso protagonista de largos cabellos y esotérico medallón.

En cuyo estudio, aquél, parecía encontrarse profundamente ensimismado, abstraído, como buscando la *lectura* correcta de las cartas. O la respuesta a una pregunta muy concreta. O la interpretación simple de aquellos tres Arcanos mayores, coherentemente a la consulta que le habían efectuado.

De pronto alzó la cabeza y sus ojos, seguramente negros, confundidos en la penumbra, en aquel extraño horizonte que unía y distanciaba a la vez oscuridad y tenue luz, buscaron algo... o

alguien.

Dijo, severo, con voz grave de inflexión cortante como un filo acerado:

—Luego de haber escuchado tu relato, tus temores, debo decirte que las cartas confirman plenamente estos últimos.

Otra voz, levemente trémula, susurró con desánimo:

—Así que es cierto, ¿verdad? De todas formas, no acabo de entender lo que tú quieres decirme.

El índice diestro del enigmático personaje se asentó en la superficie de uno de los naipes.

—Ésta es la primera carta que has elegido: El Carro. Séptima del Tarot. Habla de tus ambiciones desmedidas. Señala la dicotomía existente entre lo que pretendes obtener y lo que realmente puedes lograr. Ellos la utilizarán para hacer que encuentres la muerte. Eso quiere decir que...

Se produjo una pausa que parecía dejar en suspenso un tétrico contenido. Y:

—¡Por Dios, Stacy! ¡Termina de una vez!

La silueta de quien había formulado aquella doble y excitada exclamación llena de evidente nerviosismo, apenas podía distinguirse. No pasaba de ser un bulto oscuro. Algo negro, redondo, que era su cabeza, encima de un puñado de densas tinieblas que quizá tenían forma de ser humano. De cuerpo...

—Utilizarán un coche, seguramente el tuyo propio, para asesinarte —siguió el que adivinaba. Añadiendo, al trasladar el índice al naipe que estaba en el centro de los tres—: La número dieciséis, La Torre, es la segunda que has levantado. Con el precedente de tus sospechas y siguiendo a El Carro, sólo puede significar el caos y la ruina. El rayo la hiere, *te hiere a ti realmente*. Por último has elegido la número trece del Tarot, La Muerte. Es el abandono total, la... *destrucción definitiva*. El fin...

—Entonces —hubo un profundo suspiro de desesperación en los labios del que se interesaba por su futuro; futuro inmediato y aciago, desde luego—, según el Tarot, ¿no tengo opción?

—No es según el Tarot... *es según tu destino*. Estos tres Arcanos se han limitado a desvelarlo. Pero tienes otras tres oportunidades en las tres siguientes cartas que debes descubrir, situándolas por orden encima de las anteriores. O sea, la primera que levantes ahora la

pondrás encima de la primera que hayas levantado y así sucesivamente.

Un rayo de esperanza brilló en la mortecina mirada del hombre cuya naturaleza se vio estremecida por un latigazo de incertidumbre, al preguntar:

—¿Quiere eso decir que mi destino no está... *decidido*?

—Depende de la interpretación[1] de los tres siguientes Arcanos que pueden confirmar o desvirtuar la lectura *anterior*.

—Me parece terrible el que mi vida o mi muerte puedan quedar sentenciadas a través de seis figuras trazadas sobre seis naipes.

—Podemos dejarlo... —insinuó el del singular medallón.

—¡No...! ¡Ahora no!

—Bien. Entonces, levanta esas cartas y haz lo que te he dicho.

Con mano de pulso inestable que oscilaba manifiestamente en la penumbra, sus dedos se acercaron al semicírculo de cartas, dispuestos a levantar la cuarta y situarla sobre la primera que había descubierto en el turno precedente.

Lo hizo, poniendo encima de El Carro, vuelto hacia arriba, otro naipe.

—La Rueda de la Fortuna —musitó sin emoción alguna el que conocía el significado adivinatorio del Tarot. Añadiendo—: Es la décima carta... Es el movimiento, el cambio, la suerte. Se produce un cambio radical en tu situación, lo cual te favorecerá.

El otro hombre preguntó:

—¿Significa *eso* que...?

—Que existe un cambio notable en tu línea anterior. Radical. Alguien... *deberá morir por ti*. Pero ellos seguirán creyendo que el muerto eres tú. Descubre la siguiente carta.

Puso boca arriba un nuevo naipe situándolo encima de La Torre.

—El número catorce, La Templanza. Significa equilibrio, estabilidad y adaptación. Su presencia conjura el peligro que representaba para ti La Torre, anulando sus efectos destructores. Te otorga la capacidad de alterar cosas y hechos en tu beneficio. Incluso de devolver el mal a quienes pretendían dirigirlo hacia ti. Levanta el último naipe...

Obedeció.

Despacio, con evidente temor.

Consiguiendo que el misterioso personaje de larga y oscura

cabellera saliese de su compostura profesional, de su hermética asepsia, exclamando:

—¡Asombroso! Es... ¡es El Juicio!

El consultante lo estaba situando encima del naípe que representaba La Muerte.

—¿Qué significa? —preguntó.

Stacy Powers, conocido en los círculos cabalísticos londinenses con el sobrenombre de «el Mago Stacy», se mantuvo en silencio como si le estuviera costando una enormidad asimilar aquel giro radical, seco, brusco, que se producía en la trayectoria de quien, con el aliento contenido ahora, expectante, tembloroso de ansiedad, esperaba sus explicaciones.

El silencio del oscuro y carismático intérprete se prolongó mucho más de lo que su interlocutor hubiera deseado.

—Es la carta número veinte... —anunció al fin—. La renovación de tú propia identidad. El resurgir de tus cenizas, de la muerte, cual moderna Ave Fénix. El paso a una nueva y definitiva etapa. Borra de tu horizonte las negras nubes de tormenta y abre ante ti un cielo despejado, azul y limpio. Es una ráfaga de viento huracanado que sopla con fuerza en el mar de tu tragedia arrancándote de la cresta de la muerte donde el temporal maligno nacido del maleficio y las insidias de tus enemigos te había situado.

—Entonces —también a él parecía sorprenderle la inesperada evolución que marcaban las cartas—, de cuánto acabas de decirme, ¿debo deducir que ya no existe ningún peligro?

—*Existe*. Sigue existiendo —respondió con énfasis autoritario, avieso incluso, el *lector* del Tarot. Matizando despacio, intencionadamente—: Los tres primeros naipes han descubierto el trayecto de tu inmediato destino. Los tres últimos te ofrecen la posibilidad de alterarlo, de evitar la tragedia que alguien ha concebido contra ti. La po-si-bi-li-dad... —insistió, silabeando el vocablo remarcadamente. Para aclarar después de un breve silencio —: Si yo te dijera que al cruzar por la confluencia de Warwick Way y Belgrave Road te iba a atropellar un autobús causándote la muerte, ¿qué harías?

El hombre respondió:

—¡No cruzar por ahí!

Stacy dijo:

—Te he dicho... he *leído* en los tres primeros Arcanos que tus enemigos están planeando tu muerte. Y al *leer* tu cuarto naípe, La Rueda de la Fortuna, creo haberte puntualizado claramente... *que alguien deberá morir por ti*.

Su interlocutor empezó:

—O sea...

Stacy acabó la frase.

—Que debes trazar tu propio plan defensivo. El que alterará sensiblemente los proyectos de tus adversarios. Tienes que dejar que te maten... *para continuar viviendo*. Es necesario, incluso, que los provoques. Que los convenzas acerca de la imperiosa necesidad de eliminarte lo antes posible. Sólo cuando crean que estás muerto podrás sentirte tranquilo. Porque si te limitas a eludir la primera tentativa, insistirán. Una y otra vez. Sin embargo, si les *garantizas* que estás muerto, que su primer intento ha sido positivo...

—¡Eso es de locura, Stacy!

Éste indicó:

—Pues ahora, más que nunca, necesitas estar terriblemente cuerdo. Y dominar a placer todo tu aparato emocional. Escúchame con atención. Simularán un accidente de automóvil para enmascarar tu asesinato, así que...

Retazos de una conversación

—Estoy asustada —confesó la mujer, con sus bellos ojos agrandados por el miedo.

—No tenemos alternativa, pequeña —repuso una voz masculina. Añadiendo—: Los dos somos ambiciosos, ¿no es así, querida? Hace falta serlo para llegar lejos en la vida. Tú y yo podemos ir muy lejos, muchísimo, recorriendo juntos el sendero de nuestras ambiciones.

—Hemos hablado de un crimen...

—No tiene importancia, pequeña. De veras. Todo es relativo en la vida. Cuestión de apreciaciones. La valoración moral de un acto depende única y exclusivamente de aquel que la determine. Las normas del sistema son estrictas y los primeros en transgredirlas son aquellos que las defienden desde el otro lado del pupitre social. Cuando salen de él quitándose la toga y el birrete son los primeros canallas. Los más abyectos en la renuncia, los auténticos inmorales. Hay jueces que han violado a una menor a la semana siguiente de enviar un violador a presidio.

—No te esfuerces —replicó ella, confusa y asustada—. Puede que eso que estás diciendo sea verdad, pero...

—Él *tiene que morir*, querida. Es nuestro futuro el que está en juego. Un futuro espectacular y brillante. Alcanzaremos la cima, pequeña. ¡El esplendor del poder! —Hubo un alto intencionado. Como si él mismo quisiera saborear con largo éxtasis el contenido íntegro, intenso, de su exclamación final. Preguntando súbitamente, tras unos minutos de silencio—: ¿Tú me amas, verdad?

Los ojos de la hembra se iluminaron ahora con brillo relampagueante, febril.

—Más que eso... —La voz le temblaba con lúbrico contenido. Sincerándose sin rubor alguno—: Te deseo. Te deseo continuamente. De día y de noche. No podría vivir sin encontrar la

locura entre tus brazos, sin sentir debajo de tu cuerpo la dulce asfixia del orgasmo. A veces tengo la sensación de que sin yo saberlo me has administrado un bebedizo en el que has exprimido toda la lujuria del mundo. Porque jamás había sentido lo que siento por ti y lo que siento junto a ti.

—Te espera toda una vida plagada de esas maravillosas sensaciones...

—¿Por qué hablas en singular? ¿Acaso tú no participas en esos placeres?

—Sí... —el registro masculino era pausado, suave, persuasivo y posesivo. Todo a un tiempo. Como una brisa alucinógena que se estrellaba, acariciante, contra el hermoso rostro femenino llenando su imágenes tan irreales como paradisíacas—. Pero sucede, cariño, que cuando tengo la mente ocupada en una idea fija, apenas si me queda capacidad para asimilar los placeres físicos. Sí que participo. ¡Naturalmente! ¡Claro que gozo en ese vergel voluptuoso en que conviertes tu cuerpo cuando jugamos al amor! Y me embriago en el néctar enloquecedor de tus pechos ubérrimos... Y me trastorna tu aliento cuando me besas... Y estallo de placer al notar el torbellino de tu éxtasis...

—¡Basta, basta... por favor! —imploró ella, sintiendo que al compás de aquellas palabras un volcán incendiaba sus entrañas y un diluvio de lava quemaba su intimidad. Apeteciendo ser amada en aquel mismo instante, deseando sucumbir bajo la tormenta arrolladora de la más brutal de las pasiones, reveló—: Te deseo, te deseo... ¡Necesito que me hagas tuya!

—Y yo necesito una profunda tranquilidad de espíritu para saborear al máximo tu excitante ofrecimiento. Cuando él haya muerto y mi proyecto cruce ese débil umbral que lo separa de la realidad, todo será distinto. Entonces seré para ti lo que tú desees que sea.

—¿Tan importante es...?

—¡Pequeña! ¿Cómo puedes estar tan ciega? La vida es algo más que un romance. Mucho más que una pasión. El placer no pasa de ser un detalle aislado, una circunstancia aleatoria si no se inscribe en el marco de una total realización.

—Está bien, lo haré. Haré todo lo que tú quieras, lo que me pidas...

PRIMERA PARTE

Petición diabólica

Piper Wayne miró a la otra como si no diera crédito a su presencia. Y menos todavía al extenso relato que acababa de confiarle.

—¿Qué más necesita para abrir los ojos a la realidad? — preguntó su interlocutora, consciente al parecer de las muchas dudas que atormentaban su cerebro.

La joven multimillonaria se pasó una mano por la frente, cubriendo incluso sus ojos de azulado reflejo, lo mismo que si pretendiera arrancar la horrible visión dantesca que iluminaba sus pupilas llenándolas de horror.

Sus labios rojos, sensuales, estaban apretados con un rictus de repugnancia en el dibujo perfilado de los mismos.

—Siempre he pensado que deseaba deshacerse de mí... — reconoció con voz queda, rota. Rectificando—: Bueno, siempre, no. Al principio y cuando me di cuenta de que no me amaba, de que se había casado por mi dinero, quise convencerme de que me toleraría como... como un *mal menor*. Incluso supuse que trataría de hacerme feliz precisamente por ese dinero que ambicionaba y por la posición social y el *status* profesional que gracias a mí podría disfrutar. Que me aceptaría como una necesidad para su propia supervivencia. Pero ahora, y luego de lo que acabas de decir...

Sapho Wilders, la más codiciada y espectacular *strip-teaser* del Soho londinense —barrio que en algo venía a emular al Broadway neoyorkino—, esbozó con aquellos sus labios que rezumaban lujuria, una mueca que podría significar muchas cosas.

Removiendo su abrupta naturaleza de encantos tan pródigos y voluptuosos como mezquinos, irguiendo, con estudiado ademán, aquel par de poderosas, contundentes y lúbricas razones que dilataban el jersey de «perlé» *beige* desarbolando la «v» del profundo escote, anunció con sincero énfasis:

—Debo confesar, Piper, que si él me hubiera hablado de deshacerse de ti para ser yo la beneficiada, no habría venido a decírtelo. Le hubiera secundado sin el menor escrúpulo de conciencia.

—¡Es horrible que digas eso, Sapho!

—Pero es la verdad, encanto. Yo tengo la valentía de llamar a las cosas por su nombre. Soy pérfida, cruel si quieres, pero terriblemente sincera. He hundido a muchos hombres en la miseria esclavizándolos con el deseo que mi cuerpo despertaba en ellos, sin preocuparme de lo que pudiera sucederles a su mujer y a sus hijos. Ellos me deseaban y tenían que pagar el tributo a su lujuria.

—No sé cómo puedes hablar así... —se quejó, visiblemente afectada la otra.

—Hablo así porque estoy hablando de la realidad de la vida. Una realidad con la que tú no te has ensuciado porque desde siempre has estado arriba de un pedestal muy alto que te distancia de las miserias y ruindades a las que se avienen los humanos... que aceptan para obtener aquello que otros tienen sin esfuerzo. ¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotras dos, muñeca?

Piper Wayne apretó los labios con fuerza como queriendo dejar muy claro que no quería contestar.

Lo hizo Sapho por ella. Con la desvergüenza y el desparpajo puestos en evidencia desde el primer instante.

—Yo he tenido que luchar como una leona para obtener lo poco que tengo. He peleado lo indecible y a todas horas... Tú, en la tripa de tu madre, ya tenías lo que para mí no es más que una fantasía. Un sueño. Algo inalcanzable. Por eso no entiendes de miserias ni de bajezas. Por eso, en tu ciega inconsciencia, te atreves a erigirte en juez de lo moral y condenar a quienes luchan desesperadamente por aquello que a ti te ha sido dado sin el menor esfuerzo.

—¿Pretendes justificar el mal a través de la carencia del bien?

—Filosofías complicadas no, muñeca. Ni entiendo ni quiero entender de esas cosas. Sólo he venido a decirte que tu marido, no contento con humillarte una y otra vez con mujeres como yo, no bastándole eso, ha planeado tu muerte y pretende asesinarte sirviéndose de mí para luego casarse con otra. Con una mosquita muerta que va por la vida de decente y que es tu secretaria.

Piper alzó hasta las de Sapho sus ahora empañadas pupilas cuyo

azul estaba turbio.

Preguntó:

—¿Qué harías en mi lugar?

—¡Huy! Tú y yo pensamos de maneras tan diferentes... ¿Le sigues amando?

—No —contestó la otra con suave resolución. Sin necesitar de una contundente estridencia que reforzase la veracidad de algo que para ella era ya irreversible. Repitiendo—: No... —Y tras un fugaz suspenso, explicó—: Pienso que Jess supo deslumbrarme con su apostura y belleza masculina, haciéndome vivir un intenso y apasionado espejismo de amor. Hubo un tiempo en que lo habría dejado todo por él, que hubiera hecho lo que él hubiese querido. Ésa fue la causa de que cometiera un grave, gravísimo error, renunciando al cariño de un hombre que me quería de veras.

—Y ahora, ante las vejaciones de que te ha hecho objeto tu marido, has descubierto la verdad, ¿no? Es al otro al que realmente amas...

—Sí. Pero Ian Joyce es un hombre muy estricto. La antítesis de mi marido. Lo ha sido siempre. Recuerdo aquel día no muy lejano en que le dije que lo nuestro había terminado... Ian me miró con sus grandes ojos almendrados muy abiertos, como si no entendiera nada de aquello. Después, sin alterarse, acariciando mis mejillas con las yemas de sus dedos, respondió que si estaba segura de mis sentimientos, si era a Jess Drayton a quién amaba... que me deseaba mucha suerte a su lado y toda la felicidad del mundo.

Algo parecido a un sollozo ahogó las palabras en la garganta de la rubia y preciosa Piper, cuya belleza era mucho más serena, sosegada, señorial y elegante incluso, que la de su interlocutora y *strip-teaser*.

—Me sentí hasta tranquila al comprobar la serenidad de que Ian hacía gala —prosiguió, momentos después—. Pero dos meses más tarde supe que aquel año había suspendido un par de asignaturas, cosa que hasta entonces no había sucedido. El año anterior se había doctorado en Medicina y ahora estaba estudiando el primer curso de la especialidad elegida, que era la de Psiquiatría. Tuve remordimientos de conciencia, pero mi pasión por Jess, la locura que obnubilaba mis sentidos cuando estaba a su lado, cuando me hacía suya, abortó aquellos sentimientos nobles que germinaban

dentro de mi sintiéndome culpable de los problemas de Ian.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Piper?

—Bueno... No lo sé muy bien. Quizá para demostrarte que no todo en mi vida ha sido tan fácil como supones. Que he tenido mis tropiezos. Que me he sentido muy desgraciada también. Como ahora... Puede que te esté hablando de Ian porque necesito sincerarme con alguien. Hace un par de semanas acudí a su consultorio para confiarle mis angustias, para hacerle partícipe de mis frustraciones. Admití que podía tratarse de un castigo por el mal que le había causado. Ian dijo que no. Que borrara aquella falsa impresión de mi mente. Nadie castigaba a nadie, aseguró, por haber seguido los dictados de su corazón. Le dije... —se interrumpió de nuevo como si temiera expresarse a tumba abierta delante de Sapho. Pero venciendo sus recelos, confesó—: Le dije que era a él a quién verdaderamente había amado siempre... Que estábamos a tiempo de reemprender nuestras relaciones en el punto donde las dejáramos. Igual que si nada hubiese sucedido. Como si el tiempo no hubiera pasado. Le aseguré que estaba dispuesta a divorciarme de Jess. Y que mientras mi abogado ponía en marcha los trámites legales, deseaba irme a vivir con él.

—¿Qué contestó? —Vibraba un matiz expectante en la voz de la espectacular reina del *strip-tease*.

—Su negativa fue rotunda. Dijo... Afirmó que no quería sentirse responsable de un nuevo error mío en el terreno sentimental. Que ésta era una cuestión que yo debía meditar en profundidad. Añadiendo también que tenía que contar con la tenaz oposición de Jess, el cual, era obvio, no renunciaría de buenas a primeras a la serie de ventajas de que gozaba siendo mi marido —Piper ocultó sus pupilas azules, que comenzaban a ser veladas de nuevo por una película acuosa, de las negras de Sapho que la escudriñaban casi policialmente. Agregando—: Cuando nos casamos y en contra del criterio de varios miembros del Consejo de Administración, aupé a Jess a la gerencia de la «Electronic Machines Wayne & C^o»

y...

—Y eso —interrumpió la explosiva Sapho—, te creará serios problemas si eliges el divorcio como camino para separarte de Jess, ¿verdad?

—Sí... Porque una cosa es nuestra situación conyugal y otra la relación mercantil que nos vincula. Como presidenta de ese Consejo de Administración puedo cesarle fulminantemente en su cargo. ¡Y créeme que no me importa! Porque estoy convencida de odiarle. Pero... ¿Cómo reaccionará Jess si eso sucede?

Sapho Wilders, en silencio, se encogió de hombros.

—Por eso te he preguntado qué harías tú en mi lugar.

—Mira... —Las voluptuosas facciones de la otra se contrajeron en rictus que tenía mucho de diabólico, de cruel—. Yo, querida, lo asesinaría con mis propias manos. Ya hace mucho tiempo que lo habría situado en la cresta de la muerte enviándolo al mundo de las tinieblas, único lugar del espacio creado donde se merece estar ese canalla. Hay venenos que administrados metódicamente hacen maravillas...

—¡No soy capaz de eso! —exclamó Piper con un gesto de repugnancia en el semblante.

—¿Sabes que te estás jugando la piel, verdad? ¿O no te enteras? Le hablaste a tu amigo el psiquiatra de divorcio. Muy tuyo... La única opción legal al alcance de una mujer honrada.

«¿Crees que Jess se cruzará de brazos mientras se desvanecen en el aire sus sueños y realidades? Llegar arriba desde abajo es algo a lo que todos nos adaptamos con facilidad egoísta. Pero volver al fango... Por otra parte, Jess ha planeado deshacerse de ti para contraer matrimonio con Kim Laurie. Y para que así suceda necesita continuar en su cargo de gerente de la “Electronic Machines Wayne & C^o”.

Y precisa seguir siendo tu único y universal heredero. ¿Cómo piensas que reaccionará si le planteas seriamente el tema del divorcio?».

—¡Sapho! ¡Por Dios bendito! ¡Ayúdame!

—Te lo acabo de decir: *Tienes que matarlo*.

Piper, con un rictus desesperado crispando sus facciones, exclamó:

—¡Me hace falta valor para... eso!

—Entonces —anunció la otra, sin demasiados miramientos—, ¡la muerta serás tú!

—¡No quiero morir!

Tras un silencio que a Piper se le antojó un siglo de interminable

angustia, la estrella del *strip-tease* apuntó con siniestra, diabólica entonación:

—Él... Él puede ayudarte.

—Él... —repetió Piper con labios trémulos—. ¿Quién?

La respuesta fue seca. Contundente. Lapidaria. Pareciendo que se prolongaba en eco morboso, infamante:

—*Satanás*...

Piper Wayne se quedó perpleja. Muda. Agrandados los ojos por la sorpresa y el horror. Casi transparentes en su azul, celeste ahora, en cuyo reverso danzaban vivencias tan inconcebibles como infernales.

Temblando visiblemente, preguntó con labios que parpadeaban en vez de hablar:

—¿Có... cómo has di... dicho? ¿Sa... Satanás?

—Ése es el nombre del único ser que puede ayudarte.

—¡Es monstruoso!

Rechazó Sapho semejante afirmación con ademán contundente.

—Es *fascinante*... —Silabeando, como si pretendiera introducir la palabra a borbotones en el refractario consciente de la otra—. Fas-ci-nan-te. Sólo tienes que pedírselo, Piper. *Y te lo concederá*.

Pese a los escrúpulos iniciales y al terror que le causaba escuchar el nombre de quien dominaba los abismos del Mal, quiso saber con aire cauteloso, místico:

—¿Cómo?

Una triunfal sonrisa ocupó la carnosidad lúbrica que conformaba los labios de la que abiertamente se había confesado *fulana* de Jess Drayton. Dijo, con voz suave, ondulante como el reptar de un ofidio:

—Entregándote a él. Dándole tu alma. Tu cuerpo incluso... Para demostrarle la lealtad de tu espíritu y de tu carne. Tienes que servir de altar en una misa negra. El celebrante trasladará la petición a Satán y él accederá a tus deseos.

Piper se tapó la cara con ambas manos.

—¡No, no...! ¿Cómo puedes proponerme *eso*?

—En tal caso —Sapho se alzó de la silla donde había estado sentada—, nuestra conversación ha terminado. He sido una estúpida al pretender salvarte la vida.

—¡Espera! —la retuvo Piper, atrapando una de sus muñecas con

nerviosismo y duda. Repitiendo—: Espera... ¿Qué quiere decir, servir de altar?

Se lo explicó detenidamente acompañando la oración de gestos, contundentes, cuyo grafismo espeluznó a la rubia.

—El miedo no me dejaría... ¡Esos ritos me producen horror!

—Moses Jarvin te administrará la pócima del tránsito y...

—¿Quién es Moses Jarvin?

—El sacerdote apóstata que oficia los servicios a Satanás. Puede darte un licor que enturbiará tus sentidos manteniéndote en una dimensión intermedia entre la realidad y la inconsciencia. Así, todo será más fácil para ti.

Piper Wayne se encerró, por espacio de varios minutos, en un callado hermetismo.

Preguntando al fin:

—¿Me concedes un plazo para pensarlo?

—Si no ha de ser demasiado largo. Bueno... ¡De acuerdo! Pero ten muy presente que Jess no atenderá como tú a dudas y prejuicios de conciencia. Ha decidido matarte. No lo olvides.

—¿Crees acaso que puedo olvidarlo?

—Es tu pellejo el que está en juego. No el mío. En fin... Esperaré tus noticias.

—Sí...

2

En el tocadiscos giraba una vieja melodía. La predilecta de Jess Drayton.

*No existe un momento del día
en que pueda apartarte de mí...*

A Piper, aquella pieza llena de nostalgias romanticoides que un día popularizase Lucho Gatica, la Voz de Humo sudamericana, la obsesionaba. Y él, su marido, lo sabía.

El disco...

Otra vez el disco.

¡El maldito disco!

Porque se trataba de la melodía cálida, sinuosa, al compás de la cual Sapho se desnudaba pausada, lentamente, encima del escenario de «Pussycat», mientras con voz llena de lúbricos matices daba vida a la letra traduciéndola al inglés.

Incluso había grabado un *single*, con aquel motivo musical. «Contigo en la distancia», acompañándolo de otroailable *camp* titulado «Tú me acostumbraste». Seguramente, algún productor discográfico sometido a los voluptuosos encantos de la Wilders, había accedido a que ella realizara la grabación tras recibir algunos favores carnales.

Piper, conforme el microsurco avanzaba bajo el desgarró de la aguja, sentía que su crispación se precipitaba en peligroso *in crescendo*.

Siempre «Contigo en la distancia»...

¡El maldito disco!

Jess Drayton, incluso, lo había comprado. Para torturarla. Para recordarle de continuo las concesiones con que Sapho le distinguía.

Sapho... ¿Pretendía Jess ocultar tras la *strip-teaser* la realidad

de sus amores? Su verdadera pasión por Kim Laurie...

Al menos, así lo aseguraba la Wilders. Y Piper lo creía, sí. Porque no había razón alguna para dudarlo. De la crueldad de Jess podía creerse cualquier cosa. Ahora, ya eran dos a odiarlo. Sapho también.

Sapho...

*No hay bella melodía en que no surjas tú,
ni yo quiero escucharla si no la escuchas tú...*

—¡Cierra eso de una maldita vez, Jess! ¿Es que te has propuesto volverme loca?

La miró de pies a cabeza, precisamente así. Como se mira a los dementes, a los tarados mentales... o a aquéllos por los que se siente una mezcla de compasión y desprecio.

—Tus exigencias son cada vez más absurdas y menos soportables. ¿Es acaso un delito escuchar música, muñeca?

Ella, instintivamente, apretó ambas manos contra las sienes y se tiró encima del lecho estallando en un llanto casi histérico.

—Estás nerviosa, criatura... —le dijo él, con una risita sardónica, sádica quizá, floreciendo en sus labios sensuales.

Piper levantó la cabeza buscando con sus pupilas azules, llenas de furia y odio, fulminar a su marido. Desintegrarlo...

Se detuvo, sin embargo, como si hubiera llegado a convencerse de que realmente tenía aquel poder... Convencida también de que, como le dijera a Sapho, no era capaz de causarle el menor daño.

¿Quizá porque en lo más íntimo de su ser seguía deseándolo...?

Lo que sí pensó, mientras lo estudiaba profundamente como si lo viese por primera vez, fue que Jess Drayton era el hombre más atractivo que había conocido en su vida. Uno de esos hombres de los que no costaba nada enamorarse perdidamente.

Era alto, arrogante y despectivo. Muy posiblemente en aquel chispazo de menosprecio hacia los demás radicaba lo más acusado de su atractivo. Lo que le hacía más interesante. Más deseado. Luego los ojos, tan suaves, tan verdosamente tamizados, tan profundos e inquietantes que daban la sensación de desnudar los cerebros para leer un pensamiento tras otro. Bronceada la tez de viril mentón enmarcando una boca carnosa, grande, de sugestivo trazo. Y el gracioso hoyuelo que partía en dos la barbilla.

Piper lo había encontrado en el arroyo, en la miseria, sin un centavo en el bolsillo. Viviendo de las dádivas de ciertas mujeres que se prostituían por hombres como él. ¿Y ella...? ¿No se había prostituido ella también? De otra manera, sí. Pero... Lo había proyectado a la cima, a la cumbre, a la cresta de la vida. Y él, a cambio, le había ido descubriendo su despótico autoritarismo, su desprecio, su hostil brusquedad. Su crueldad sin límites. Capaz de herirla y humillarla con la sola mirada de sus ojos tamizadamente verdes.

No. Era cierto lo que le dijera a Sapho. Ya no le encontraba encanto. Ya no le amaba.

Pero carecía del valor necesario, de la entereza quizá, para cobrar la deuda por sí misma.

Para tomarse la justicia por su mano.

Sin embargo y pese a todo aquel cúmulo de razonamientos, Piper tenía miedo. *Le tenía miedo*. Pánico a ceder ante la menor insinuación de Jess. A ser otra vez suya, una vez más, si se lo pedía. Si se lo pedía... ahora. En aquel mismo momento. Si chasqueaba los dedos como el que llama a un perro para que acuda a recibir la caricia.

¿Por qué razón se sentía vinculada a él a través de aquella morbosa fascinación?

¿Era el sexo... solamente el sexo lo que la ligaba a Jess?

¡Ah, sí tuviera valor!

Lo mataría ahora.

Ahora mismo.

Rompiendo de una definitiva vez aquel nexo sexual que la retenía ligada a Jess Drayton como un maldito cordón umbilical.

Él no parecía ciertamente interesado en los pensamientos de su mujer. No le importaba en absoluto lo que ella pudiese estar pensando en aquellos momentos. Le había vuelto la espalda situándose frente al espejo para terminar de anudarse la corbata mientras silbaba en tono quedo acompañando la voz de Sapho Wilders que seguía surgiendo del amplificador del tocadiscos.

*Más allá de tus labios, del sol y las estrellas
contigo en la distancia, amado mío estoy...*

Piper, aferrándose a la colcha, clavando en aquélla las uñas con

crispación de locura, bramó:

—¡¡Bastaaaaa!! ¡Cierra eso de una maldita vez!

Lo hizo.

Evidenciando así que en principio sólo había pretendido excitarla, obligarla a gritar para que la oyese la servidumbre.

—¿Es necesario que vocees como una mujer de la calle, Piper? —inquirió mirándola de soslayo con expresión sádicamente irónica. Añadiendo, ofensivo—: Tendrías que darte una vuelta por el consultorio de algún especialista, ¿no crees? Tienes los nervios destrozados, querida.

Saltó del lecho como una fiera con las azules pupilas rodando al borde de las órbitas. Inyectadas en sangre.

Gritando de nuevo:

—¡No me llames querida! Eso... *eso*, ¡guárdalo para quien tú sabes!

Ignorando la alusión, Jess Drayton se volvió hacia ella, preguntándole:

—¿No tenías... o tienes un amiguito que es psiquiatra? Sí, ¿verdad? Pues deberías pedirle consejo sobre...

—¡Calla de una vez, Jess! ¡Calla!... ¡No te ensañes más conmigo! ¡No lo hagas porque...!

Se interrumpió.

—¿Porque, *qué*...? ¡Anda, dilo, no seas cobarde! ¿Porque... me matarás?

Las uñas, ahora, se las clavó en la tersa epidermis de su rostro donde pronto se manifestaron unos diminutos surcos rojizos, al tiempo que barbotaba, encendida, colérica, fuera de sí:

—¡Ojalá...! ¡Ojalá tuviese entereza para hacerlo!

Drayton repitió la carcajada.

Antes de anunciar con un matiz que hizo estremecer de pies el cuerpo bien formado, exquisito, de su mujer:

—Si te atreves, asegúrate... Procura matarme *mucho y bien*. Para siempre. Porque si no bajo a los abismos, si me quedo en la cresta de la muerte, en lo alto como yo siempre acostumbro a estar en todo, cualquier ráfaga del viento huracanado de los infiernos me proyectará de nuevo a la vida, y entonces, cuando vuelva aquí Piper, te juro que...

—¡Calla ya, maldito seas! —Y se convulsionó, perdiéndose

dentro de un pozo de angustia y llanto.

De impotencia y dolor. De rabia. De locura. De fiebre asesina. De deseos de matar.

Sólo deseos, sí... Pero él, Satán, podía concedérselo. Sapho lo había dicho.

Vio a Jess dirigirse a la puerta del dormitorio.

—¿Adónde vas? —quiso saber con curiosidad malsana.

La respuesta no pudo ser más contundente. Más terrible. Más sincera.

—A ver cómo se desnuda Sapho Wilders.

Un rugido emergió de la garganta de Piper Wayne.

—¿Sapho...?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy Piper.

—¿Y bien...?

—¿Ha venido Jess esta noche?

—Sí. Ha estado unos minutos viendo mi número y luego se ha largado.

—¿Dónde?

—¡Y yo qué coño sé, Piper! ¿Es que te crees que tu marido me da explicaciones de sus actos? Me cuenta sólo lo que le conviene... Supongo que habrá ido al lado de Kim Laurie, su amor apasionado.

—¡No me tortures más, por favor! Bastante lo ha hecho él antes de marcharse.

—Tiempo atrás se pasaba las noches en mi cama, pero eso para ti no era preocupante. Conmigo no había pensado nunca en casarse... ¿Qué es lo que realmente quieres, Piper?

—He tomado una decisión respecto a lo que hablamos.

—¿Sí?... ¿Cuál?

—Estoy dispuesta a hacer todo lo que me dijiste. Todo lo que sea necesario para que Él... ¡Oh, no puedo evitar un estremecimiento cuando le nombro! Eso me da mucho miedo, Sapho. Porque quizá, cuando llegue el momento...

—Tranquila, pequeña. Ya te advertí que Moses Jarvin te administrará la pócima del tránsito. Ese dulce brebaje lo hará todo muy fácil para ti. De veras, Piper. Verás como luego lo encuentras

fascinante.

—Fascinante... ¿Cuándo será?

—Mañana por la noche. Viene de perlas porque es el día que libro en «Pussycat». Te esperaré en mi auto, a las ocho y media. ¿Va bien Hyde Park? ¿Delante del *Albert Memorial*?

—De acuerdo, allí estaré.

3

El silencio era impresionante.

Todos los allí reunidos, puestos en pie y alineados en los bancos, con sus túnicas negras y las capuchas caladas, parecían hasta contener la respiración, clavados los ojos en el altar deslumbrante, demencial casi, que evidentemente atraía y encendía los sentidos con llamas de lujuria y deseo.

El cuerpo de impecables líneas, lleno de juventud y vital ardor, exhibiendo la maravillosa desnudez de sus veinticuatro primaveras de nácar compuestas de redondeces apetitosas, de carnes blancas y palpitantes, de entre las que destacaban los rígidos promontorios en que parecían haberse convertido sus pechos vibrátiles, reposaba sobre el paño negro que daba mayor realce a los soberbios y pujantes encantos de Piper Wayne. Una almohada de terciopelo del mismo color sostenía la cabeza, recibiendo la magnífica onda aurea de su abundante y sedoso cabello suelto y dorado que, en medio del luto siniestro que la enmarcaba, ponía una nota estridente, cromática.

Las piernas, abiertas, colgaban a uno y otro lado del diabólico altar, dejando al descubierto, excitantemente, la ígnea herida de pasión rodeada de tenue vello que se abría en el cuerpo inmóvil de la mujer.

Las luces vacilantes de los blandones iluminaban con resplandores fantásticos la siniestra capilla, produciendo suaves reflejos en los tibios contornos del cuerpo desnudo.

Las espirales de humo que se desprendían de los incensarios aromatizaban el ambiente. No se percibía más rumor que el de los cirios negros, situados a cada lado de los extendidos brazos de la mujer —y que descansaban en el interior de los candelabros apoyados en el suelo y no sostenidos por aquélla— chisporroteando espectralmente. Unas columnas de extraño humo entre rojo y ocre

formaban una especie de compacta y densa nube alrededor del trono infernal situado tras el altar.

Los senos túrgidos de Piper se agitaban suavemente al compás de su tenue respiración.

De súbito, truncando el sepulcral silencio, estalló el tañido de un «gong», si bien sus ecos quedaron amortiguados por los tupidos cortinajes de terciopelo que cubrían las paredes de la capilla en la que se había logrado aquel atinado ambiente entre medieval y siniestro.

Precedido por el diácono y el subdiácono, el oficiante de aquel rito satánico, vestido con la casulla que lucía los signos infernales de entre los que destacaban bordados en hilo de oro, el pentagrama invertido y el símbolo de Bafomet, avanzó hacia el altar al tiempo que, arrodillándose reverentemente entre las piernas de la mujer, besaba su condición femenina.

La expresividad en que se unían y reunían las facciones de Moses Jarvin era de verdad diabólica. Gozaba de una luciferina perfección que ni el mismo Satanás hubiese sido capaz de mejorar.

Debía de contar unos cincuenta años y era de mediana estatura y complexión fornida, con anchos hombros, recios, envueltos ahora por la rampante casulla. Podía afirmarse que su calvicie, si no prematura, sí era total. Excesiva incluso. Más, si se miraba con detenimiento el brillo chispeante de su reluciente cabeza, se llegaba a la conclusión de que la falta absoluta de cabello era en verdad la consecuencia de un meticuloso corte al cero y posterior rasurado del cuero cabelludo. Lucía una barba cuya anchura venía delimitada por la propia de las patillas, que rodeaba su rostro anguloso hasta culminar en una perilla mefistofélica en la que parecían hundirse, como siniestros aguijones, las finas guías del bigote que descendían tras bordear el labio superior, en trazo primero curvo y recto después.

Las pupilas de Jarvin eran negras, terriblemente negras. Demoníacamente negras. Despidiendo esquiras de acero que contenían la impudicia, la aberración, el odio y el dolor. Eran, aquéllos, los mismísimos ojos del diablo. Elocuentes como los chisporroteantes cirios fúnebres que rielaban el altar. Profundos e insondables como la muerte que pregonaban.

Tras el infame ósculo, exclamó con crispado ademán:

—*¡In nomine Magni Dei Nostri Satana! Introibo ad altare Domine Infieri.*

A lo que sus ayudantes, tras hacer también una profunda genuflexión ante el altar, respondieron:

—*Ad eum qui laetificat meum.*

Se acercó el turiferario agitando el turíbulo, de manera oscilante, frente a las abiertas piernas de Piper Wayne, mientras la mujer vestida de monja carmelita —auxiliar también del satánico ritual—, que no era otra que Sapho Wilders, se aproximaba al oficiante para entregarle el cuerpecito inocente de un niño recién nacido que, agitando brazos y piernas, no cesaba de llorar con hiriente desesperación.

Moses Jarvin, tras recibir entre sus manos el cuerpo convulso del neófito, manteniéndolo en alto, se dirigió a los encapuchados concurrentes, diciéndoles:

—Hermanos en Satanás, unámonos en la súplica que *ella*, a través de Nos, le dirigirá al Príncipe de las Tinieblas, solicitando su gracia y auxilio...

Levantó la criatura sobre su cabeza y los gritos de terror del niño mezclados con el llanto espasmódico e histérico, hendieron en el silencio lo mismo que un agudo, avieso cuchillo de filo demoníaco, hasta que por encima de aquéllos se alzó la voz metálica del sacrilego oficiante, diciendo:

—Yo, que soy sacerdote, sacrifico este niño, ¡oh, Satán!, para que vaya a unirse contigo y me concedas lo que te pido.

De entre los pliegues de su casulla diabólica, mientras sostenía al niño con una sola mano, extrajo un diminuto cuchillo con el que abrió las venas del cuello de la inocente víctima.

Los gritos del sacrificado fueron decreciendo en intensidad, se hicieron cada vez más débiles hasta que al fin, conforme la sangre escapaba de su cuerpecito, no fueron más que un lejano gorgoteo que acabó en un callado, dantesco espasmo, pasando a un espeso y profundo silencio.

El execrable maestro de ceremonias diabólicas inclinó la inmóvil criatura sin vida de forma que la sangre que manaba, abundante, roja como un estallido de vida cuando ya la muerte se había adueñado del neófito, fuese cayendo, derramándose en viscosa mancha púrpura sobre las palpitantes carnes de alabastro de una

Piper Wayne cuya extraña expresión de ausencia parecía evidenciar que estaba sumida en trance. Perdida en un tránsito ignoto que la alejaba de la realidad.

Entonces, el postulante, arrogándose las inquietudes de la mujer cuyo cuerpo plétórico y desnudo servía de altar en aquel rito estremecedor, infamante, se dirigió a su siniestro príncipe, diciendo:

—Nos, en nombre de tu súbdita y sumisa Piper Wayne, te pedimos que su marido, Jess Drayton, pérfido y cruel, que la veja y humilla, que la somete con su despótica actitud... DESAPAREZCA. Que la muerte lo envuelva y aleje de la vida de tu súbdita que, desde hoy, se consagra a servirte, amarte, adorarte y glorificarte.

A la tenebrosa invocación respondieron los asistentes, como si de uno solo se tratara:

—¡Te lo pedimos, Satán!

Acto seguido, el oficiante entregó a Sapho el cuerpo sin vida del niño, integrándose definitivamente en el ritual de la misa negra que iba a celebrar.

Luego de efectuar una serie de actos y ritos de apostasía [2], dijo:

—¡Oh, Infernal Señor, a nosotros, Tus fieles hijos, que nos gloriamos en nuestra iniquidad y confiamos en Tu ilimitado poder, concédenos que formemos parte de aquellos que Tú has elegido! Y siempre a través de ti como nos vienen todos los dones. La sabiduría, el poder y la riqueza son tuyos, y eres Tú quien has de otorgarlos. Renunciando al paraíso de los débiles y de los lentos, depositamos nuestra confianza en Ti, el Dios de la Carne, y te pedimos que nos hagas alcanzarlo todo en la tierra de los vivos.

A lo que diácono y subdiácono, estallaron:

—... *shemhamforash!*

Para ser de nuevo el satánico oficiante quien dijera:

—Alentados por los preceptos de la Tierra y por las inclinaciones de la carne, nos sentimos dispuestos a decir... Padre Nuestro que estás en el Infierno, maldito sea tu nombre. Venga a nos tu reino, hágase tu voluntad, ¡así en la Tierra como en el Infierno! Esta noche tomamos lo que es nuestro legítimamente, y no penetramos en los caminos del dolor. Condúcenos a la tentación y líbranos de la falsa piedad. Escucha la súplica que te hemos dirigido en nombre de tu sierva Piper Wayne y accede a su petición, pues es Tuyo el reino, el poder, y la gloria, por los siglos de los siglos.

Respondieron sus auxiliares:

—Y haz que la razón rija la Tierra.

Añadiendo el celebrante:

—Líbranos, ¡oh, poderoso Satanás!, de todos nuestros pasados errores y ofuscaciones. Ahora que hemos emprendido la marcha por el Camino de la Oscuridad y que nos hemos consagrado a Tu servicio, haz que no nos debilitemos jamás en nuestra resolución, sino que con Tu apoyo logremos ser más sabios y más fuertes.

—... *shemhamforash!*

Después, al tiempo que un sepulcral y tenso silencio se apoderaba de la capilla, lo mismo que antes de dar comienzo el ritual, todos cayeron de rodillas a excepción de Jarvin, quien, con gestos ostensiblemente espectaculares —puede que harto ensayados delante de un espejo—, extendidos los brazos al techo con teatral patetismo, abiertas las manos con la desesperada crispación del que trata de alcanzar algo que está muy lejos, invocó en estos términos:

—¡En el nombre de Satán, rector de la Tierra, Rey del mundo entero, ordeno a las fuerzas de la Oscuridad que me concedan su poder infernal! ¡Abrid de par en par las puertas del Infierno y que Él salga del abismo y venga hasta nosotros, pues anhelamos recibirle como nuestro único Señor verdadero! ¡Por todos los dioses del Pozo, ordeno que sucedan las cosas de que yo hablo!

Mientras pronunciaba las exaltadas exclamaciones, el pie derecho del abominable celebrante había presionado una especie de resorte cubierto de goma que sobresalía levemente en el suelo del altar y, al instante, las llamaradas que brotaban alrededor del espectral trono se hicieron más densas y tupidas, impidiendo la visibilidad de aquél, estallando al mismo tiempo, en distintos ángulos de la capilla, ruidos y estruendos que semejaban los truenos y relámpagos de una fortísima descarga eléctrica precediendo el temporal.

Se fueron aclarando las nubes rojas y amarillentas y ante la estupefacción primero y el delirio después, apareció ante los congregados, sentada en el trono, la figura demoníaca que tenía por cabeza la de un macho cabrío con ojos fosforescentes y espeluznantes, satánicos de verdad, que fue recibida con el grito bestial y enajenado de:

—... *SHEMHAMFORASH!!*

Entonces, Moses Jarvin, volviéndose hacia el trono, se inclinó profunda y largamente en reverencia que se prolongó por espacio de dos tensos minutos, para después, girando hacia el altar y señalando el desnudo cuerpo de la hembra, ofrecérselo, en prueba de obediencia, fidelidad y devoción.

Por último, encarándose con los reunidos, les instó a que celebrasen el lúbrico rito de adoración y pleitesía tanto a la mujer como al Príncipe de las Tinieblas, exhortándoles a la vehemencia y el desenfreno.

Concluida la ceremonia se repitió el ofrecimiento de la hembra al Señor del Infierno, quien la recogió de brazos del diácono para sumirse de nuevo entre los intensos vapores del humo rojizo y ocre hasta que al aclararse la humareda pudieron comprobar que había desaparecido con ella... camino de las tinieblas.

Fue entonces cuando se dejó oír la voz metálica, restallante, hasta magnética del apóstata, exclamando:

—*¡Ego vos benedicto in nomine Magni Dei Nostri Satana!*

Todos los congregados, que habían vuelto a sus lugares tras el rito de adoración, gritaron:

—¡Ave Satanás!

El que se encontraba en el altar, desprovisto ahora del hermoso cuerpo femenino de carne blanca, casi marmórea, y espléndida cabellera con reflejos de oro, indicó con malévola inflexión:

—¡La lujuria de Satán sea con vosotros! ¡El placer inunde vuestros cuerpos! ¡Poseeos en nombre a Él!

El sicalíptico ritual alcanzó su cénit aberrante y lascivo, puesto que los reunidos, devotos del Mal y su Príncipe, en medio de un caótico griterío de enardecidos posesos, entre espasmos y contorsiones bestiales, fueron emparejándose entre sí para lanzarse al más desenfrenado cúmulo de degradaciones sexuales.

Experimentaba el extraño sentimiento y la angustiosa incertidumbre de estar vagando por una dimensión interminable, profunda, abismal y desconocida, en la que las percepciones sensoriales no llegaban hasta su consciencia debido al gran vacío que se producía a su alrededor.

Sin embargo, de pronto, sintió que algo cálido palpitaba dentro de su ser, que lo más íntimo de su naturaleza sufría un suave desgarró y que al segundo siguiente se encendía en su interior un volcán llameante, que desbordaba lava incandescente, obligándole a culebrear espasmódicamente al compás de un balanceo que tenía por mecedora el éxtasis y por almohada el placer.

Pese al latigazo dulzón que la hacía tremolar, Piper Wayne experimentó un sentimiento de rechazo, una débil negativa, que pronto quedó ahogada por la necesidad enfermiza de perderse, hundirse dentro de aquella vorágine sustanciosa que, como un manto de gelatina, la impregnaba llevándola velozmente hacia las fronteras de lo irreal.

No era capaz de entender el porqué de aquella sensación, ni cómo estaba sucediendo, pero la aceptaba. Admitía aquel bálsamo vivificador que le producía estímulos maravillosos, que obraba tal milagro en su cerebro que frente a sus ojos cerrados desfilaban una serie de escenas tan alucinantes como paradisíacas...

Un hálito tibio descendió sobre sus pechos sacudiendo de nuevo su hermosa desnudez con los latigazos epilépticos de la placentera percepción, única hasta entonces, acusada segundos antes.

Realizó un tremendo esfuerzo intentando descorrer los párpados que estaba convencida le pesaban sobre los ojos como auténticas losas de mármol, y su mirada, estrábica primero, distorsionando el contexto que la rodeaba en un plano vacilante de turbia dualidad, captó aquella horrible cabeza de macho cabrío cuya boca diabólica

alentaba muy cerca de la suya.

No reaccionó la hermosa rubia con espanto, más bien al contrario, pareció aceptar con agrado, con extraña serenidad, la presencia de aquel ser sobre ella.

—Piper... Soy yo, Satán. Te he *recibido*, me has hecho feliz, y por eso voy a premiarte accediendo a tu petición. Él, Jess Drayton, *morirá*.

Al conjuro de aquella voz cavernosa y al compás de aquellas palabras que pronunciaba la boca infernal, Piper tuvo la certeza de que aquel desdibujado entorno giraba a su alrededor como una noria vertiginosa, mezclándolo todo, fundiendo las teorías del Bien dentro del concepto del Mal.

Murmuró:

—Gracias, mi Príncipe. Quiero... ser tuya.

—Lo serás, mi pequeña Piper. Lo serás siempre que yo te desee. Pero tanto como la fidelidad de tu cuerpo, necesito la de tu alma.

—Sí. Te seré fiel en cuerpo y alma. Siempre...

Entretanto, abajo, en el sótano de aquella capilla donde se celebraban los rituales satánicos, Moses Jarvin decía a los dos individuos que le contemplaban silenciosos:

—Es suficiente. Preparad el montaje del vídeo. Tiene que estar listo lo antes posible por si el jefe necesita utilizarlo.

—Es cuestión de un par de horas, Jarvin.

—Perfecto. Adelante con ello pues.

—Esto no puede seguir así, Jess —dijo, con cierta irritación la mujer.

Lo que podía decirse de ella era que era (y aquí, valía forzosamente la redundancia) fenomenal y soberbia.

No podía decirse, sin embargo, que fuese inglesa aun siéndolo. Porque ninguna de sus características físicas tenía la más ligera, la menor connotación anglosajona.

Kim Laurie era morena y exuberante; magnífica y sensual. Su melena oscura, azabache, dejaba ir las hebras de seda hasta un tercio de la espalda. Sus ojos tenían el trazo y la profundidad oriental. El embrujo y misterio de aquellas tierras que muchos suponían patrimonio de perfumadas narraciones, de increíbles y fantásticas leyendas. Rojos como sangre recién derramada eran sus labios de carne agrietada, febril, en la que parecían hervir, excitantes, millones de burbujitas de saliva.

Tostada la piel, bronceína, como podía serlo la de cualquier nativa de Hawái o Tahití.

Era toda una belleza.

Kim era consciente de sus extraordinarios atributos y del poder de sugestión que éstos le conferían. También estaba segura, convencida, de haber llegado hasta donde ninguna otra lo hubiera conseguido antes: al fondo del corazón de su «jefe», Jess Drayton.

Se había convertido en su «talón de Aquiles». Aunque las intenciones de Kim Laurie iban mucho más allá de las de un simple juego mitológico. Había muchas ambiciones de por medio. Demasiadas, quizá.

Las otras mujeres, incluida la propia esposa de Drayton, no habían pasado de ser circunstanciales elementos que él utilizaba, ya para su satisfacción sexual, ya para su provecho material.

Pero ella estaba en óptimas condiciones para «atornillarlo». Para

«exprimirlo». Era la única que podía apretarle las «clavijas» del amor.

Por eso acababa de manifestar aquel amago de ultimátum.

Añadió, como si sabiendo que tenía a su «contrincante» contra las cuerdas, le bastara un hábil y suave golpe para ponerlo *knock out*:

—Me siento insegura viviendo así... Y lo que es mucho peor, más grave, me siento sucia. No paso de ser tu amiga. Tu querida. Tu fulana... Y pienso que no merezco tales calificativos. ¡Que eso no es justo amándote como te amo! Estoy harta de quererte en la clandestinidad, como el político que conspira contra un régimen supuestamente legal... ¡Sí, no te burles! Me siento como una subrepticia política del amor, una mujer que busca desbancar a otra del poder que ejerce sobre un hombre... ¡Acabaré creyéndome una criminal! Lo que yo quiero es pasearme por todo el mundo colgada de tu brazo. Disfrutar de ti, *a plein soleil*!

Jess, acariciando los desnudos hombros de la excitante hembra, besándolos, intentando de nuevo volcarse en ella y aplastarla contra la alfombra sobre la que acababan de hacer el amor, respondió:

—Todo se arreglará y pronto, vida mía. Dame un poco más de tiempo.

—¿Más... todavía? —Kim dio la sensación de asombrarse con espectacularidad, con causticidad incluso.

—¡Por favor, pequeña! —El tono de voz masculino era, en aquel momento, suplicante. Hecho este que constituía toda una novedad viniendo de quien venía. Prosiguió—: Un par de meses, tres a lo sumo, y podremos legalizar definitivamente nuestra situación. Verás...

Le explicó que él *moriría*. Que tras la supuesta muerte vendría un cambio de identidad; la adopción de una nueva. Después le expuso con detalle, recreándose incluso en ciertos momentos con matices irónicos y pausados énfasis, cómo podría presionar, chantajear a su «viuda» exigiéndole una fuerte cantidad de dinero, la cual les serviría para marchar a Sudamérica, donde podrían, con toda tranquilidad, emprender una nueva vida.

—Es un futuro sugestivo, sí... —Se removió Kim encima de la alfombra, elevándose sobre los codos para ofertar sus pechos a la voracidad de él. Los apartó, no obstante, antes de que la boca de

Jess, ávida, se apoderase de ellos. Objetando—: ¿No comprendes la situación en que yo me encuentro?

—¡Sí, sí, claro que lo comprendo! Pero no está en mi mano, cariño, precipitar los acontecimientos.

—Saint Albans es un pequeño lugar de cincuenta mil almas, amor... ¿Supones que la gente tiene algo mejor que comentar que las visitas nocturnas del jefe de la zorra de Kim a su casa?

Drayton se crispó.

—¡No hables así, te lo suplico! Jamás he conocido una mujer como tú. Más hermosa. Deseable... Digna. Te adoro tanto por lo hermosa que eres como por lo mucho de honestidad que hay en ti. Eres distinta. Diferente a las otras. A tantas como he conocido y que, sin embargo... ¡Haría por ti lo que no hubiera hecho nunca por otra mil que hayan podido precederte!

—Te repito —ella parecía dispuesta a seguir «torturándole»—. Jess, que tienes que hacer algo y pronto. No puedo seguir viviendo con esta incertidumbre. Ni ser de continuo el blanco de las miradas de todo Saint Albans... Además, cada noche me he de quedar aquí, sola, sufriendo, con el corazón en la boca, mientras tú regresas a Londres. Esperando que me telefonees para decirme que has llegado sin novedad... ¡Oh, Dios! ¿Tienes idea de lo que sufro?

—Son apenas quince millas...

—¡Llenas de peligrosas curvas, desfiladeros y barrancos! ¿Crees que puedo quedarme tan tranquila mientras sé que vuelas por esa carretera infernal para llegar lo antes posible y evitar altercados con Piper? Y... ¿si un día ocurre algo malo, *qué*? ¿Quién traerá un poco de paz a mi conciencia? ¿Quién podrá tranquilizarme alguna vez? ¿Quién podrá ayudarme a desterrar de mi mente el complejo de culpabilidad en que quedaré impresa, prisionera? ¿Es que no piensas en todas estas cosas, Jess?

Él, pareció ignorar el aluvión de interrogantes. Para sonreírle, ahora, con extraña complicidad.

Con elocuente complicidad.

—Pues ve preparando tus penas y complejos, cariño —anunció a renglón seguido—. Porque mi *muerte* se acerca a pasos agigantados. Agigantados...

Kim se estremeció vivamente. Y besando la boca del hombre, confesó:

—No me acaban de convencer esos maquiavelismos, Jess. Preferiría que las cosas fuesen de otra forma.

—Las cosas, Kim —terció él—, son como son. Como han de ser...

Era la noticia en primera plana. La más espectacular. La cabecera de todos los periódicos de mayor tirada de la capital del Támesis.

«The Daily Telegraph», «The Times», «Daily *Express*», «The Observer», «Guardian», y algún que otro rotativo de provincias o de ciudades como Birmingham, Manchester, Liverpool, Newcastle y otras, habían tenido que rectificar con urgencia, a última hora, el montaje de la portada, para incluir la sorprendente noticia.

Luctuosa, mejor.

EL GERENTE DEL IMPERIO ELECTRÓNICO WAYNE, FALLECE EN TRÁGICO ACCIDENTE

El «Aston Martin» que conducía se precipitó por un abismo de milla y media de profundidad, sin que hasta ahora se hayan podido establecer las causas del siniestro.

«Al parecer, Jess Drayton, esposo de la propietaria de la “Electronic regresaba de la localidad de Saint Albans cuando, en una curva cerrada, perdió la dirección hundiéndose en el precipicio.

Machines & C^o»,

»Consultadas algunas fuentes familiares nadie ha sabido, o querido explicar, las razones por las que el señor Drayton regresaba a altas horas de la madrugada hacia su domicilio londinense, procedente, se supone, de Saint Albans.

»Tanto el vehículo siniestrado como el ocupante, envueltos en un horrísono incendio tras producirse una terrible explosión en el fondo del barranco, han quedado irreconocibles. Piper Wayne, viuda de Drayton, parece ser que ha sufrido lo indecible a la hora de identificar los restos de su marido. A consecuencia de tan amargo trance ha tenido que ser atendida en las mismas dependencias de la Morgue de un súbito proceso de arritmia, del cual se ha repuesto, afortunadamente...».

SEGUNDA PARTE

Sorprendente y siniestro

Aunque los restos que pudieron recogerse de Jess Drayton cabían en el cuenco de una mano, se le enterró en un ataúd para adultos. Un ataúd normal. Bueno... normal quizá no. Un ataúd tallado en maderas nobles con asas y empuñaduras de plata. Y con una solemne moldura representando un crucifijo.

Como correspondía, desde luego, a un integrante del alto *staff* ejecutivo. Al difunto esposo de una de las primeras fortunas londinenses.

A la salida del cementerio de South Kensington el grupo de jefes y productores de la «Electronic Machines Wayne & C^o»

que había asistido a las honras fúnebres comentaba, seguramente, la gran pérdida que para la empresa representaba la trágica desaparición de Jess Drayton.

En aquel grupo, Piper distinguió la llamativa y enlutada silueta de Kim Laurie, secretaria personal de su difunto marido y compañera de cama e ilusiones en los últimos tiempos. Eso la hizo pensar, con odio muy a pesar suyo, que ella sabía muy bien por qué Drayton regresaba a altas horas de la madrugada, hacia Londres, procedente de Saint Albans.

Pensó también que con el paso del tiempo se ocuparía de que la prensa penetrara en aquel pequeño secreto.

Piper Wayne había elegido un atuendo para acudir a las exequias de su marido que hacía ostentación de su elegancia y de su «dolor». Vestía abrigo negro con puños, cuello y bajos, de zorro. Falda de lana del mismo color y una túnica de seda blanca.

Aprovechando un instante en que la hermosa rubia había quedado sola junto a la verja del camposanto, Sapho Wilders se le acercó, con una oscura sonrisa en los labios, para susurrarle:

—Enhorabuena, querida... ¿Has visto, no? *Él*... siempre cumple.

—No es ni momento ni lugar para esta clase de comentarios, Sapho.

Hizo la otra un falso ademán de sobresalto.

—¡Oh, sí! Perdón... No sabes cuánto lo he sentido. Te acompaño en el sentimiento. ¡Ah! —Introdujo la diestra en un bolsillo de su largo chaquetón azul marino para sacar un revólver que, con rapidez, pasó al abrigo de la viuda, comentando—: Como ahora te sentirás muy sola, la compañía de un arma no te vendrá mal. Ayuda a combatir la soledad y hace que una se encuentre más segura.

De manera instintiva, Piper escondió el arma en uno de los bolsillos, diciendo entre dientes:

—Te pasas la vida pensando en el mal...

—Piensa mal, querida... ¡y bingo! Ya te dije el otro día dónde estaban las diferencias entre tú y yo.

—Piper... —Un hombre joven y alto acababa de aproximarse a la enlutada viuda.

—¡Ian!... —exclamó ella, brillándole de felicidad sus grandes ojos azules.

Dominando la vehemente explosión de alegría que acababa de causarle la presencia de él, dijo con apagada sonrisa:

—No sabes cuánto te agradezco que hayas venido. Por favor... ¿Quieres acompañarse a casa? Necesito hablar contigo. Te... tengo... un problema que sólo tú puedes solucionar.

—Bien —sonrió él a su vez—. Como deseas.

A partir de entonces el duelo procedió a despedirse de los deudos más allegados a Jess Drayton.

Piper hizo lo posible por activar los actos finales del fúnebre protocolo, y colgándose del brazo del psiquiatra tiró de éste, sin excesivos miramientos, hacia su auto.

Una vez en el interior del vehículo y puesto en marcha por el chófer de los Wayne, dijo ella, apretándose contra el cuerpo de Ian Joyce, como si pretendiera trasladarle el calor y la inquietud del suyo propio:

—Estoy segura de que no es el momento más oportuno... De que no voy a obrar conforme sería lógico en una desconsolada viuda, pero... ¿Recuerdas que no hace muchas fechas te hablé de la realidad de mi situación con Jess, verdad?

—Por supuesto —asintió él con acento severo y expresión un

tanto sombría, como derivada de lo que intuía iba a confiarle ella.

Piper, antes de proseguir, llevó sus radiantes pupilas de luminoso azul hacia el rostro del médico para contemplarlo con escrutadora largueza.

Con arrobo diríase. Con expectante necesidad.

Joyce debía contar veintiséis años aunque su aire circunspecto, erróneamente, hacía que con frecuencia se le adjudicara una mayor edad. Sus ojos grandes, de tonalidad almendrada, reflejaban ponderación y sosiego. Había en su mirada algo parecido a la paz, que se antojaba como exponente de la tranquilidad de espíritu que presidía su persona. El conjunto de sus facciones resultaba agradable y la expresión de las mismas estaba conformada por una impronta de reflexiva bondad.

No por eso era hombre de carácter pusilánime, sino todo lo contrario. Ian Joyce sabía tomar decisiones, incluso las más drásticas, cuando el momento y la situación lo aconsejaban. Pero lo hacía con personalidad. Sin dejarse llevar por conclusiones momentáneas producto de la vehemencia o la irreflexión.

Quizá por entenderlo así, se mantuvo en la duda de si debía o no continuar con lo que pensaba decirle.

Lo hizo al fin, en estos términos:

—No te diré que me alegro de lo ocurrido, pero... —Se aferró a él desesperadamente y tras una nueva pausa, exclamó, patética—: ¡Pero ha ocurrido! La muerte de Jess es un hecho ya irreversible. Y yo, ¡te necesito, Ian! ¡Necesito estar a tu lado! Sentirte junto a mí... Necesito que me des tu amor, que me des amor de verdad. ¿He de suplicarte que te cases conmigo?

Era obvio que el joven psiquiatra estaba, más que sorprendido, desbordado por lo melodramático de la situación. Por el histerismo que ella ponía en sus palabras. En sus deseos.

Tardó un largo minuto en responder:

—Aunque como médico entiendo muy bien tu situación psíquica y anímica, aunque sé bien que la crítica situación por la que atraviesas pone a prueba y en tensión tu sistema emocional... Aunque comprendo todo eso, comprendo también como hombre que no sería honesto por mi parte especular con la coyuntura que ha planteado la muerte de Jess, precedida del deterioro de vuestras relaciones sentimentales. Vivimos en sociedad, lo queramos o no,

Piper. Con la gente y rodeados de ella.

La mujer hizo, al compás de las últimas palabras de Joyce, un gesto de desdén.

Él, captando el ademán por el rabillo del ojo, insistió:

—La gente está ahí, lo quieras o no. Y no se puede «pasar» de ella como pretenden los movimientos actuales de la juventud inconformista. Además, nosotros pertenecemos a otra generación, profesamos otros credos sociales. Y esa sociedad es estricta en lo moral y se escandaliza con rapidez. Y censura con frecuencia... con demasiada, quizá. Yo te amo, sí. Te he amado siempre. Pero si me avengo a tu proposición, lloverán las críticas desde todas las ópticas y niveles. Y tú serás quien resulte más dañada.

—¿Y qué puede importarme eso a mí? —La pregunta floreció en labios de la mujer con sólida amargura.

Ian Joyce, para sus adentros, quiso desterrar la idea de que si no accedía a los deseos de ella era debido a que en su subconsciente seguía indeleble la vivencia de aquel día en que Piper le anunció que lo que había entre ellos tocaba a su fin.

No, no podía tratarse de aquello. ¿O... sí? Estaba seguro de seguir amando a Piper. De no haberla dejado de amar nunca. Pero existían poderosas razones que aconsejaban aplazar una decisión tan delicada como la que estaba planteando.

El chófer acababa de introducir el largo y negro vehículo por la avenida de arena que serpenteaba en el jardín que daba marco a la suntuosa residencia de los Wayne, a espaldas del Kensington Park, con acceso por Camperwell New Road.

Lo detuvo frente a las escalinatas de mármol que presidían la entrada del edificio de blanca fachada y arquitectónico diseño colonial, justo cuando Piper, nerviosa, insistía:

—¿En qué piensas, Ian? ¿Tan difícil se te hace aceptarme?

—¡Por Dios! —El psiquiatra captó el vivo estremecimiento que acababa de sacudir el cuerpo de la rubia frente a su exclamación. Preguntando con asombro—: ¿He dicho algo malo?

Una súbita vaharada de rubor arreboló las mejillas tersas de la preciosa viuda, mientras ella se apresuraba a exclamar:

—¡Oh no, no! Claro que no. Es que... Bueno, estoy muy nerviosa... ¿Por qué no respondes a mi pregunta, Ian?

Se apeó del vehículo para ayudar después a que ella hiciera lo propio.

Ian le propuso:

—¿Por qué no nos tomamos un respiro, Piper? Una semana tan solo. Y los dos, por separado, meditamos la cuestión en profundidad. ¿Qué te parece?

Aunque no supo esconder su contrariedad, exclamó:

—¡Está bien! Sea como tú quieras. De acuerdo, Ian, de acuerdo. Pero... sólo una semana, ¿eh?

—Solo.

Piper se había encerrado en la biblioteca porque, posiblemente como acababa de decirle Ian, necesitaba meditar en profundidad sobre todo lo ocurrido en los últimos días.

Muchas, demasiadas emociones para una persona sola.

Cuando hizo acto de presencia el mayordomo, servicial y reverente, interesándose en si deseaba alguna cosa y preguntando a qué hora quería que le fuese servida la cena, Piper declinó todos los ofrecimientos, asegurando:

—No necesito nada, Reginald.

—Pero... La señora debería comer algo, ¿no le parece?

—No, gracias. Comprenda mi estado de ánimo.

—Sí, señora. Pero de todas formas, permítame que insista...

—Agradezco su interés, Reginald. Hoy no cenaré. La servidumbre puede retirarse a descansar.

—Como la señora desee. Si cambia de opinión no obstante, llámeme, se lo ruego. Buenas noches, señora.

—Buenas noches, Reginald.

Volvió a ensimismarse con sus pensamientos una vez supo que de nuevo estaba sola en la estancia.

Satán...

Aquel infame rito del que tenía una lejana consciencia. Una vaga noción. Recordaba como muy a lo lejos el llanto desesperado de un niño. Sus gritos... Luego voces. Alaridos también. Por último, su total desnudez, el lecho, y un ser extraño de cabeza deforme, siniestra, muy cerca de la suya.

El placer... Un extraño y profundo placer, algo muy íntimo y cálido, a lo que no se había sentido con fuerzas de renunciar.

Después, el accidente.

Jess, muerto. Destrozado en el fondo de un precipicio.

Tal como le dijera Sapho.

¡Horrible!

Todo aquello componía un extraño laberinto, sorprendente y siniestro, dentro del cual no conseguía ubicarse concretamente.

Ian...

Necesitaba de Ian, sí. No se veía con fuerzas para continuar, sola, adelante. Le hacía falta alguien en quien confiar. En quien refugiarse.

Ian, sí.

Consumiendo cigarrillo tras cigarrillo, Piper Wayne dio una y otra vez vueltas y más vueltas a la enloquecedora vorágine que amenazaba con asfixiarla, con destruir su equilibrio psíquico... Oía la voz de Jess, burlándose, humillándola. La de Sapho deleitándola con los ofrecimientos que podía recibir de Satanás a cambio de entregársele. También escuchaba la de Ian Joyce, serena y reposada, aconsejándole prudencia y sentido común.

¿Qué pensaría de ella si llegaba a saber el pacto que había establecido con las fuerzas del Mal?

—¡Oh, no, no, por favor! —Aplastó ambas manos contra las sienes, quejosa de sus propias evocaciones—. ¡Basta ya!

Tras apurar nerviosamente la colilla del último cigarrillo, salió de la biblioteca con movimientos precipitados.

Para dirigirse al dormitorio.

Su irreflexión cedió ante un profundo agotamiento psíquico que la hizo caminar por el pasillo con torpeza, con andares ebrios, tropezando contra muebles y paredes, rumbo a la habitación.

La que había compartido con Jess Drayton.

A tientas, medio cayéndose, empujó la puerta, tanteando en el dintel por la parte interior hasta rozar con las yemas de los dedos la llave de la luz, dándole la vuelta.

El dormitorio, al momento, quedó bañado por un diluvio de claridad centelleante.

Piper Wayne se envaró.

Se quedó muy quieta.

Solemnemente rígida.

Desapareciendo como por ensalmo aquella sensación de torpeza, de lasitud, que hasta entonces había dominado sus sentidos.

Porque lo que estaba viendo ahora no era para caerse, ni vacilar tropicando de un lado para otro, ni dejarse vencer por un simple

agotamiento psíquico o una fatiga, no.

Era...

¡Para volverse rematadamente loca!

Abrió los ojos al máximo, se dilataron incluso las órbitas permitiendo que las azules pupilas, en magno estallido de horror, rodaran por el borde de aquéllas como si fueran a caer al otro lado de un instante a otro.

—No... —El monosílabo emergió de sus labios trémulos, vacilantes, sin apenas fuerza.

Sin aliento que lo enviara al exterior.

Sorprendente y siniestro, sí. Con aquel par de adjetivos podía calificarse, resumirse, el lienzo sobrecogedor y dantesco que una paleta maléfica, diabólica, había *pintado* para ella.

Los muebles habían desaparecido de la estancia como por arte de birlibirloque. Hasta los cuadros... ¡Todo!

En el centro del suelo había... *¡un ataúd de caoba!*

EL MISMO DONDE FUERAN INTRODUCIDOS LOS RESTOS DE JESS DRAYTON ANTES DE INHUMARLOS.

Dentro... dentro... *¡estaba el cadáver de él! ¡El cuerpo inmóvil, rígido de Jess Drayton!*

Pero ¿cómo era posible aquello? Si sólo se habían podido recoger restos del cadáver, calcinados, de entre los escombros.

Y ahora...

Jess Drayton, despacio, comenzó a incorporarse en el ataúd luciendo la sonrisa despectiva, insultante, con que acostumbraba a obsequiarla, menospreciándola, en vida.

Con sus ojos fríos verdosamente tamizados.

Conforme fue emergiendo del siniestro féretro, Piper, alucinada, con los músculos faciales tensos, apretados en una crispación de horror, contempló la capa rojiza bordada con diabólicos relieves que envolvía el cuerpo entero, completo, de su difunto marido.

¿Habría también él pactado con Satanás?

—No... —repitió, con un quebradizo hilo de voz—. No es posible. Se trata de... ¡de una visión!

—No es una visión, querida —negó él, ampliando la demoníaca sonrisa que ocupaba sus labios despóticos. Susurrando con helado eco—: No... Soy yo, Jess. Te lo advertí, ¿recuerdas? Los vientos del infierno me han empujado fuera de la cresta de la muerte, y vengo

a pedirte cuentas. ¿Tú fuiste quien preparó el accidente, verdad? La que ordenó manipular en la dirección de mi coche...

Ella musitó:

—No...

De súbito, una voz cálida y desconocida, lejana, que parecía surgir de algún amplificador oculto en el ataúd, desgranó la siguiente letra sirviéndose de una música hartamente conocida y odiada por Piper:

*No existe un lugar del averno
donde quieran quedárseme a mí...*

Tuvo que producirse un milagro para que el cerebro de Piper no estallara por dentro, en pedazos, reduciendo su débil cordura a cenizas y enloqueciéndola por los restos.

Tras un esfuerzo que volvió a poner en serio peligro la cualidad psíquica de la mujer, gritó:

—¡Tú estás muerto, Jess! ¡Muerto!

Drayton batió grosera, insultantemente sus mandíbulas, en carcajadas que hasta resultaron obscenas.

—¿De veras, querida? ¿Y cuándo habías visto tú un muerto con tan *saludable* aspecto, eh? No... ¿O quizá sí? Pero, si en verdad estoy muerto... ¿No sientes curiosidad por saber qué es lo que realmente estás viendo?

—¡Un espejismo! ¡Eres una burla de mi cerebro!

—O una firme acusación de tu conciencia... Pero ¿de veras puedes creerte *eso*?

Drayton, en pie al borde del féretro, comenzó a caminar hacia ella, tendiéndole los brazos mientras preguntaba:

—¿Te apetece que hagamos el amor, querida?

Piper, confusa al límite, como cautiva de un morboso juego de hipnosis que la obligaba a mantener los ojos clavados, fijos en el rostro sonriente del resucitado, comenzó a retroceder con premiosa torpeza.

*No hay cresta de la muerte,
donde me asiente yo...*

Tapándose las orejas, siguió caminando atrás sin perder la vista

a Jess hasta que su espalda chocó contra el muro.

Hecho este que pareció, al fin, destrozar su equilibrio normal, precipitándola al terror. Haciendo que estallara en un alarido infrahumano, horrendo, animal incluso:

—¡¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!

Pero al mismo tiempo aquella sacudida brusca que la había horrorizado, vivificó, en parte, sus sentidos.

La pistola...

La que le diera Sapho en la puerta del cementerio.

En el bolsillo...

Hundió la diestra en busca del arma cuando apenas tres pasos separaban de ella el cadáver viviente que, despótico, insultante, con un rictus en la boca que parecía pertenecer a una dimensión siniestra y hostil, acercaba sus brazos a Piper pretendiendo estrecharla.

*Más allá del infierno, la muerte y las tinieblas,
contigo en los abismos, amada mía, estoy...*

Ya había encarado la automática hacia él.

—¿Vas a matarme, estúpida? ¿Pretendes en tu supina ignorancia, *matar a la muerte*?

El índice de Piper Wayne, en acto reflejo, se crispó en torno al gatillo.

Una vez...

Pero el acceso nervioso que la flageló con trémula zozobra, hizo que el dedo repitiera la operación una y otra vez.

Hasta cinco.

El resucitado acusó los impactos con brascas, espasmódicas contorsiones, al tiempo que una pincelada de estupor bruñía sus facciones. Tras dar una vuelta completa sobre sí, se precipitó de espaldas contra el lóbrego vehículo del que había surgido cual sorprendente y siniestra pesadilla.

La pistola escapó de entre los dedos de Piper para caer al suelo con macabro tintineo.

Incapaz de reaccionar, permaneció por espacio de un tiempo que se le antojaba un vagar interminable por las desérticas dimensiones del silencio y la oscuridad, contemplando aquel *flash* de horror que no acababa de comprender.

Hasta que, pasado un lapso cuya duración no fue capaz de concretar, salió corriendo del dormitorio hasta precipitarse sobre el teléfono del vestíbulo, en cuyo dial discó el número de «Pussycat».

Por cómo se produjo la reacción de Sapho, su febril actividad, su solicitud con Piper tras la llamada, ésta, pese al confusionismo que embargaba su mente, hubiera asegurado que la *strip-teaser* estaba esperando que se produjera un hecho de aquellas características.

Ella, dominando la situación igual que si se hubiera enfrentado con frecuencia a otras muy similares, dispuso lo que debía hacerse.

Introdujeron el cuerpo de Jess Drayton en un saco que la propia Sapho había traído y el coche de ésta, con dificultad; y tras meter junto al cadáver objetos de peso, contundentes, lo llevaron siguiendo el curso del Támesis hacia el Sureste, en dirección a Southend-on-sea, precipitándolo a las aguas del río en un paraje solitario, inhóspito, tan oscuro y sombrío como la misma muerte.

Como la presencia de un resucitado.

—¡Acabaré volviéndome loca!

—No pienses más en esto, Piper.

—¡Pero...! ¿Qué ha podido suceder? ¿Cómo... *ha vuelto*?

La morena de expresión sensual y voluptuosos encantos de lúbrico volumen, apuntó:

—¿Quieres mi opinión? —Y sin esperar que la otra afirmase, dijo—: Jess, por la razón que fuera, debió intuir su muerte. Supo que algo se cernía a su alrededor y decidió fingir su desaparición. Pensando que eras tú quien lo había dispuesto todo para librarse de él, te ha jugado esa broma macabra convencido de que serías incapaz de hacer lo que has hecho... De matarlo de verdad. Ahora, olvídalo. Todo ha terminado. Jess Drayton, esta vez, está muerto y bien muerto.

Hizo la rubia un gesto de desesperación.

Igual que si se revelara abiertamente contra la capacidad justificativa que Sapho era capaz de exhibir para explicar lo inexplicable.

—¿Cómo puedes encontrar tan sencillo y plausible, lo que es enrevesado, demoníaco...?

—¿De veras deseas volverte loca, Piper? Pues entonces, no tienes más que continuar torturándote, buscando explicaciones racionales, coherentes, a todo lo que está sucediendo a tu alrededor. Puede que halles la solución cuando estés recluida en la habitación de cualquier manicomio.

—¡Calla, por favor! No sé, no sé exactamente lo que quiero. Sí saberlo todo... O ignorarlo. ¿Olvidar...? ¡Ojalá pudiera! ¿Crees que eso resulta fácil para mí?

—No, lo comprendo. Y sé que tienes razones para dudar de todo. Pero has de intentar sobreponerte.

—Sí, claro...

Razones, había dicho Sapho. Razones para dudar...

Por si no tenía suficientes, cuando llegaron a su residencia dispuestas a recomponer el aspecto de la habitación, deshaciéndose del ataúd, y a la espera del día siguiente para obtener un nuevo mobiliario... Se encontraron con que el dormitorio tenía *el aspecto normal que había presentado siempre*.

Como si nada hubiera ocurrido.

Del féretro, ni rastro.

Los muebles, como antes, como siempre, en su sitio.

Piper Wayne sufrió una crisis aguda que la arrastró entre la histeria y el paroxismo, hasta que Sapho pudo tranquilizarla, recomendando:

—¿Por qué no llamas a ese amigo tuyo que es psiquiatra? Tu... amor actual. Él podrá ayudarte mejor que nadie, ¿no?

—Sí... ¡Si hubiese estado conmigo como le pedí, nada de esto habría sucedido!

—Anda, procura calmarte, y telefonéalo.

Eso hizo, finalmente.

Cuarenta y ocho horas después, Ian y Piper, contrajeron matrimonio.

Decisión que en contra de lo que había supuesto el joven psiquiatra, no fue mal recibida por la *jet society* londinense.

Ni desató tan siquiera veladas críticas, rumores que censurasen la actitud de los nuevos contrayentes.

Hasta los periodistas tuvieron la generosidad de glosar acerca del enlace con una discreción que no era, precisamente, la mejor virtud de aquéllos.

Quizá, porque las andanzas de Jess Drayton eran más del dominio público de lo que muchos suponían.

Cabía también la posibilidad de que la gente, que no era tan cruel como se creía, deseara de veras que la rubia y millonaria Piper Wayne rehiciera su vida, junto a alguien merecedor de su cariño, que fuese capaz de hacerla todo lo feliz que no la había hecho su difunto marido.

Joyce dispuso una terapia, más personal y sentimental que profesional, adecuada para devolver a su esposa el dominio sobre su aparato neurovegetativo, la tranquilidad y, por encima de todo, la confianza en sí misma.

Pareció que durante la primera semana las aguas, lentamente, retornaban a su cauce.

Piper se esforzaba por olvidar el cúmulo de horrores vividos, ayudada en gran manera por la comprensión y el cariño de Ian, así como por los fármacos, relajantes y ansiolíticos en su mayor parte, que él le había prescrito.

Habían transcurrido ocho días de la boda, aquella ceremonia que fuera modelo de discreción desde todos los ángulos, cuando Ian hubo de ausentarse de noche, por primera vez, por corresponderle turno de urgencias en el «Saint

Philip's

Hospital», institución sanitaria de cuya plantilla médica formaba parte.

Eso preocupó enormemente a Piper.

Pero no hizo el menor comentario, para no contrariarle.

—Si la noche es tranquila, querida, procuraré estar de regreso antes de la madrugada —la besó en los labios.

—Te voy a echar mucho de menos, Ian.

Dedicándole una dulce sonrisa al tiempo que con afecto acariciaba las arreboladas mejillas de la muchacha, aconsejó:

—Tienes que ir haciéndote a la idea, cariño. Cada dieciséis días me corresponde una guardia nocturna.

—Ian... —dudó, como no atreviéndose a concretar la insinuación que flotaba en su pensamiento y que posiblemente él, había intuido. No obstante, optó por sincerarse, añadiendo—: ¿Por qué no lo dejas? Dispongo... disponemos del suficiente patrimonio económico como para que puedas montar tú propia clínica y establecerte por tu cuenta. Además, es lo que has deseado siempre, ¿no?

Una pincelada de gravedad hizo acto de presencia en el rostro atemperado del psiquiatra.

—Sí... —murmuró con lentitud—. En efecto. Se trata de mi máxima aspiración. Pero me propuse alcanzarla hace muchos años a través de mi esfuerzo, sacrificio y capacidad de trabajo. Y no creo que exista circunstancia alguna que deba hacerme rectificar...

—¡Existo yo, Ian!

—Sí. Has entrado a formar parte de mi vida... como mi *esposa*. No como financiera de mis sueños.

—¿Tanto dolor le causaría a tu ego el recibir ayuda económica de tú propia esposa?

—Piper, ésta es una discusión absurda.

—Estamos haciendo un comentario —objetó ella—, no discutiendo.

Ian Joyce quiso eludir aquel diálogo áspero, rizado de las dificultades dimanantes del distinto enfoque que de la cuestión hacían él y ella, diciendo al mismo tiempo que repetía el beso en labios de Piper:

—Hablaemos de este asunto en otro momento, mi vida. Ahora

debo marcharme al hospital. Es hora de relevar...

—Vuelve lo antes posible —jadeó ella—, ¡amor mío! Estaré contando los minutos hasta que regreses.

—Procura descansar, Piper. Por favor...

Un tercer beso selló la despedida de los recientes cónyuges.

Miedo.

Tenía miedo de entrar en el dormitorio, sola.

Desde que se produjera la terrible aparición de Jess, ninguna noche había cruzado aquel umbral sin sentirse amparada, protegida, entre los firmes brazos de su amante esposo.

Ahora...

Piper llegó a la conclusión, mientras permanecía inmóvil, vacilante, en mitad del pasillo, con los ojos fijos, clavados en la puerta de aquella habitación, que no podía pasarse la vida prisionera de pasadas emociones, cautiva del entorno sorprendente y siniestro que la había estado rodeando hasta contraer matrimonio con Ian.

Estaba obligada a desterrar para siempre aquellos fantasmas absurdos cuya sombra aún permanecía entre las brumas de su mente, acechándola, esperando la oportunidad de someterla de nuevo al terror.

Ian no podía estar de continuo a su lado, acompañándola a todas partes como si se tratara de una paralítica o de una invidente.

Tenía que hacer un esfuerzo...

Ahora era el momento.

Decidida, resuelta, creyéndose en poder de un absoluto dominio de sus emociones y nervios, Piper avanzó hacia la puerta del dormitorio cerrando su diestra encima del pomo para, tras una última y fugaz vacilación, hacerlo girar con brusquedad.

Accionó el conmutador eléctrico.

Luz...

Mucha luz centelleando contra todos los rincones de la estancia.

Demasiada...

¡Porque le permitía captar todo el horror de aquella escena!

Otra vez.

Los muebles habían desaparecido como por arte de encantamiento. Hasta los cuadros, todo...

Pero ahora, repartidos equidistantemente por el espacio vacío de la estancia, había... *¡había tres ataúdes!*

Tres...

Piper Wayne fue consciente, dentro de la confusión mental, del terror que se abatía contra su cuerpo como la ráfaga de un viento huracanado que amenazaba con destruirla... Fue consciente de que el aire no llegaba hasta sus pulmones creando una angustiosa sensación de asfixia como consecuencia de la cual, de un instante a otro, se produciría el estallido de aquéllos.

El corazón galopaba furioso, desbocado, latiendo en la garganta, en las sienes, en los pulsos, hasta en los ojos... Bombeando con acelerado estrépito que hacía presentir su explosión final.

Tres...

Dentro del que estaba en el centro veíase el tronco ensangrentado de Jess Drayton. Mientras que la cabeza, cercenada justo a la altura del cuello, se hallaba metida en el féretro de la izquierda. El último, el más alejado del lugar donde Piper, mecida por el horror y bordeando los abismos de la muerte, contemplaba aterrada la siniestra escenografía, contenía las piernas del que fuera su marido.

La voz surgió.

Surgió lo mismo que en la anterior ocasión, cálida, llena de morboso contenido, de matices diabólicos, desgranando:

*No existe un lugar del averno
donde quieran quedárseme a mí...*

Aquel caos de locura comenzó a girar dantescamente frente a los ojos dilatados, enrojecidos, de Piper.

Tuvo la sensación de que en el interior de su cerebro sucedía algo similar a un cortocircuito y al mismo tiempo, un abismo de tinieblas le salía al paso, envolviéndola, succionándola.

Incapaz de articular una palabra, de proferir un gemido y mucho menos una exclamación de pánico, la angustia avanzó hacia ella en relampagueante *in crescendo* intensificando la crisis de asfixia. Fue consciente de que la muerte se acercaba hasta ella con velocidad de vértigo.

La presión contra el pecho se hizo intensa, insoportable.
La voz seguía...

*No hay cresta de la muerte,
donde me asiente yo...*

Piper, con enorme dificultad, alzó ambas manos a la garganta mientras intentaba, sin conseguirlo, retroceder.

No podía respirar.

No respiraba, no.

Se... ¡se estaba muriendo!

Sí.

Se produjo, de súbito, el estallido.

Tuvo la sensación de que el tórax le saltaba en pedazos dejando en libertad un corazón que pretendía encontrar un motivo que le permitiese seguir viviendo, latiendo.

Todo, ahora sí, fueron tinieblas.

Piper Wayne, a plomo, se precipitó de bruces en tierra con sonoro, estremecedor chasquido.

Cuando recobró la lucidez preguntándose si vagaba ya por las fantásticas regiones de la muerte, vio un rostro ansioso inclinado sobre el de ella, escuchando una voz que le preguntaba:

—¿Te encuentras mejor, querida?

Ella musitó:

—Sí... ¿No estoy muerta, Ian?

Le dedicó una sonrisa de ánimo que esta vez se le antojó fría.

Y le respondió:

—No, cariño. Estás tendida en la cama. En nuestra cama... ¿Recuerdas?

—No, no recuerdo haber... ¡Ian! ¡Ha sido espantoso, horrible!

—¿Puedes levantarte, Piper? Inténtalo... Es mejor que camines un poco. Ello te hará bien. ¿Te ayudo, o lo intentas sola?

No sin esfuerzo, logró ponerse en pie. Cuando sus ojos fueron capaces de encajar el entorno en un plano geométricamente correcto, se dio cuenta de que todo, absolutamente todo, estaba... *como siempre*.

—Ian...

—Espera, cálmate. ¿Por qué no vamos a la biblioteca, te sientas, y charlamos, eh? Allí, te encontrarás más cómoda y relajada.

—Sí...

Despacio, caminaron por el pasillo, abrazados por la cintura, hasta asomar al interior de la otra estancia.

Tras unos minutos de silencio en los que Joyce dio vueltas en torno a su esposa mientras ella trataba de ordenar coherentemente los recientes horrores presenciados, él preguntó:

—¿Estás dispuesta?

—Creo que sí.

—Entonces, despacio y con calma, cuéntamelo todo.

Lo hizo, sí.

Al terminar el relato, Ian Joyce, con una expresión en su rostro totalmente desconocida para ella, aseguró con énfasis:

—Estás loca, Piper. Rematadamente loca...

Estás loca, Piper. Rematadamente loca...

Ella, sobresaltada, alzó la cabeza para mirarle con el más genuino de los asombros.

Era el de Piper un asombro legítimo. Inesperado.

Un asombro que quizá, de golpe, brutalmente, le descubriría una realidad intuita pero que había pretendido ignorar, esconder, por parecerle demasiado monstruosa.

Inhumana.

Con las cejas arqueadas y sin dejar de mirarle a los ojos con rectitud —a aquellos ojos almendrados que siempre le habían parecido sinceros, leales, virtuosos patrones de la honestidad—, vacilante la expresión y trémulos los labios, quiso asegurarse:

—¿Qué has dicho, Ian?

—*Eso*, muñeca. *Eso...* Que estás loca perdida.

Ahí se derrumbó todo.

Se vino todo abajo para Piper Wayne.

La verdad de los hechos era una bofetada brutal, cruel, que estallaba como una bomba contra el espejo de su candidez. Un trallazo que hacía polvo, que reducía a insignificantes fragmentos, la credulidad y la confianza.

Que demostraba a las claras la constante presencia del Mal en todo momento y lugar.

—¿Loca?... ¿Por qué?

—Porque vives en un mundo de insania rodeada de estúpidas fantasías... De muertos que aparecen y desaparecen siniestramente troceados... De angustias de ultratumba que sólo tienen cabida en tu mente enferma, trastornada.

Seguía mirándole, atónita. Sin comprender... O comprendiéndolo todo, quizá.

—¿Fuiste tú, verdad? Tú, quién preparó esta infernal comedia.

Se abrió en aquel momento la puerta del salón-biblioteca para dejar paso a la abrupta y procaz silueta de Sapho Wilders.

—Cuéntale la verdad, Ian. Que lo sepa de una vez... A lo mejor así, se vuelve más loca de lo que está.

La rubia propietaria de aquella mansión y dueña de una fortuna que ahora tenía muy claro fuera el *leit motiv* por el que Ian Joyce —el bueno y resignado Ian— había puesto en marcha aquella noria cruel de monstruosidades y alucinaciones... La rubia, al percatarse de la presencia de Sapho Wilders, crispándose, hizo ademán de saltar sobre ella con las uñas estiradas. Prestas a desgarrarle la piel de su sucia cara.

—¡Quieta! —amenazó el psiquiatra, exhibiendo la automática que acababa de sacar el bolsillo del batín. Repitiendo, ominoso—: ¡Quieta! —Y señalando con el cañón del arma uno de los dos butacones distanciados por una mesita baja de centro, ordenó—: Siéntate ahí, pequeña. Siéntate... Ponte cómoda.

Mientras obedecía, masticó entre dientes:

—¡Canalla!

—Posiblemente tengas razón, querida. Pero no menos que tu difunto esposo... Ni tampoco más cruel que tú aquel día que me dijiste que lo nuestro había terminado porque acababas de enamorarte de un sinvergüenza vividor, de un *play-boy* de mierda, que te había deslumbrado con sus masculinos encantos y te había hecho explotar de gusto en la cama. En el fondo, Piper Wayne, con tu cara de buena chica y tu pinta de mujer decente, no eres más que una zorra...

Ella respondió:

—A unas nos ponen la etiqueta y otras se forran haciendo el pendón a...

—¡Calla tú, estúpida! —cortó, desabrido, la interrupción de que había sido objeto por parte de la morenaza. Prosiguiendo—: La verdad, Piper, es que yo jamás te he querido. Era tu dinero lo que yo amaba, pero con unas miras mucho más nobles que el cerdo de Jess. Desde muy joven había soñado con ser un psiquiatra famoso, poseer mi propia clínica y los mejores y más modernos aparatos para proceder al estudio y curación de enfermedades mentales que hasta hace poco venían siendo un profundo enigma. Esa idea me apasionaba, sí... Era como una obsesión, lo es aún, a la que

supeditaba el resto de mis motivaciones personales y profesionales. Comprenderás que el día que me anunciaste que lo nuestro tocaba a su fin, mis sueños se vinieron abajo, se diluyeron en el aire como volutas de humo, como inocentes pompas de jabón surgidas por el extremo de una paja tras el soplo de un niño...

Ian Joyce, apasionado y vehemente ahora, prosiguió explicando la frustración de entonces y la firme promesa que se había hecho, a sí mismo, de recuperar lo que consideraba legítimamente suyo.

Empezando por obtener un completo *dossier* en el que se detallaban las andanzas del promiscuo Jess, gracias a unos pequeños favores que le debía un amigo, detective privado de profesión, y en base a estos informes comenzó a estructurar su plan.

Más adelante se conectó con un grupo de satanistas...

—Hay quién supone que esos ritos son mera fantasía de escritores, desbordante imaginación de literatos —siguió Joyce, enrojecido el rostro por la pasión que ponía en el relato—, pero tú sabes bien, querida Piper, que no es así, ¿verdad? ¿Recuerdas que llegaste a copular con Satán?

Piper le escupió:

—¡Eres el ser más infame que he conocido!

Él, como si no la hubiese escuchado, prosiguió:

—Son gente procedente de todos los niveles sociales... En las filas de los simpatizantes de Satanás figuran igual las personas corrientes que persiguen nuevas y excitantes emociones, como gente aburrida que ha perdido la brújula de su existencia, o los auténticos malvados que pretenden encontrar en el Diablo un firme y decidido apoyo para sus desmanes y ambiciones. Desde el poder hasta el sexo, pasando por la venganza y el odio. Yo les facilité la escenografía que ellos necesitaban para aceptar por completo una *realidad* de la que, pese a todo, dudaban. A cambio, cuando llegase el momento, me serviría de aquello en mi propio beneficio. Existe una filmación en vídeo, querida, donde se contemplan unos espléndidos primeros planos tuyos. Fue el día que... el día que serviste de altar en la misa negra oficiada por Jarvin. El día que fuiste bautizada, bañada con la sangre de un niño inocente...

—¡CALLA... CALLA, MAL NACIDO! —Piper había aplastado la palma de ambas manos contra sus oídos renunciando a escucharle.

Pero Ian Joyce, con expresión aviesa y matiz cruel, continuó:

—También tenemos unas espectaculares tomas del instante cumbre en que te diste a Satán... A mí, en verdad. Porque debajo de aquella cabeza de macho cabrío estaba yo, Piper. ¡Ah!, debo decirte como consuelo, que fue la vez que más he gozado en tu compañía. Puede que por los condicionantes de sumisión a que te proyectó la droga suministrada por Moses Jarvin... No lo sé. Fue un gusto inenarrable el que me hiciste sentir, sí. Pero eso pasó, pequeña. Fue un momento. Han quedado las imágenes. Esas terroríficas imágenes que puestas en mano de la Policía son tu condena definitiva. Lo del niño, Piper... *es asesinato*. Lo tuyo, complicidad. Tu ruina, lo que yo digo.

—¡Eres mil veces peor que Jess!... ¡Más retorcido y perverso!

—Di, más inteligente. Porque no se ha comprobado que por la mente de él cruzara la idea de eliminarte. Se habría conformado, imagino, con exigirte una fuerte suma a cambio del divorcio, para largarse después a cualquier parte con su amada y explosiva Kim. Puede que fuese la única mujer a la que verdaderamente quiso. A las demás, las utilizó, las deseó, o ambicionó su fortuna como en el caso concreto tuyo. Bueno... Existe una excepción como en toda regla: Sapho. Mi querida Sapho se introdujo en la vida del entonces tu marido para estar al corriente de tus inquietudes...

Ian le reveló cómo a través de la hembra que estaba loca por él, había obtenido ciertas confidencias sobre los pensamientos y proyectos de Jess.

—Sapho, siguiendo mis instrucciones y sabiendo ambos la crisis a que te habían abocado las humillaciones de Jess, quien no pretendía más que tu odio para luego cobrarte bien caro el divorcio que te propondría como solución en su momento... Sapho, decía, vino a ti para aumentar tu confusión hablándote del supuesto plan de tu marido para asesinarte. El resto, fácil de imaginar, pequeña. Nosotros nos encargamos del *accidente*... Y también de las *siniestras apariciones* de Jess.

Piper, reaccionando con entereza tras sobreponerse al asombro, hasta la indignación que le producía el desenlace de aquella terrible historia, preguntó:

—Entonces... ¿fuiste tú el Jess Drayton al que yo supuse matar de nuevo la otra noche?

—¡Naturalmente, querida! En su momento hice confeccionar

una mascarilla reproduciendo las facciones de tu mujeriego marido... Nuestra estatura era similar y tú, excitada, prisionera del terror y los remordimientos, creerías a pies juntillas en el *regreso* que él ya te había vaticinado caso de morir en circunstancias extrañas, confusas. El saco donde Sapho te ayudó a meterme estaba adecuado para los acontecimientos pretendidos. Confieso que las aguas del Támesis estaban un poco frías, eso sí. Pero la experiencia valía la pena, desde luego.

Piper abrió otro interrogante. Así de concreto:

—¿Qué piensas hacer conmigo, Ian?

—Estás loca, criatura... *Loca*. Procede entonces declarar tu incapacidad mental e internarte en un sanatorio. Es obvio que yo, a partir de ese momento, pasaré a controlar tu imperio industrial y financiero. Mi sueño será realidad; podré construir esa clínica que conforma la ilusión de mi vida. Cuando esté en marcha, tú, pequeña Piper, serás una de mis primeras pacientes. ¿Quién mejor que tu marido para cuidar de tu higiene mental? ¿Quién te tratará con mayor cariño e interés... *eh?*

Ian Joyce no se había percatado de que la puerta, a espaldas de Sapho, que permanecía muy cerca de ella, se estaba abriendo lenta, pausada, milimétricamente.

Para de pronto, acabar abriéndose con estrépito.

—¡Fascinante, doctor! —exclamó una voz con irónico matiz. Repitiendo—: Fascinante, sí... Lástima que no hayas contado conmigo, ¿verdad?

Sapho Wilders se revolvió como una tigresa.

Pero un soberbio puñetazo en la boca del estómago redujo a nada sus intenciones agresivas, doblándola sobre la alfombra con un rugido de dolor en los labios.

El psiquiatra quedó atónito, boquiabierto... mirando a Jess Drayton.

Que con un revólver en la mano había penetrado en la estancia, sonriente. Sonriendo con desafío. Con desprecio. Con burla también.

—¡Dios santo! —exclamó Piper, alzando las manos al rostro.

Joyce estaba rígido, inmóvil. Negándose a creer lo que veía. El estupor que se aplastaba contra su cara la convertía en una extraña máscara de odio y desesperación.

—Si levantas la zarpa que sostiene la pistola, antes de que des al gatillo, te habré volado la cabeza, ¿okay? ¿A que mi plan te parece más fascinante que el tuyo, eh?

—¿Cómo lo hiciste? —Apenas movió los labios para preguntar.

—La forma en que Sapho apareció en mi vida me hizo sospechar, Ian. Fue fácil averiguar que estaba conectada contigo. ¿Vuestro plan?... ¿Has oído hablar de Stacy Powers, «el mago Stacy»? Es un experto en la lectura del Tarot, un virtuoso en las artes adivinatorias... Escudriña el futuro con extraordinaria habilidad. Le hablé de mis preocupaciones y me «tiró» las cartas. Supe a través de su interpretación el destino que me estabais *fabricando* y la forma de conjurarlo. Era necesario, en principio, que me dieseis por muerto. Que creyerais que vuestro plan había triunfado...

—¡Pero te precipitaste por un barranco a más de milla y media de profundidad, al volante de tú coche!

Una carcajada burlona batió las mandíbulas de aquel Jess Drayton que Piper seguía contemplando con la boca abierta, con un asombro superior a todos los asombros —que no habían sido pocos — experimentados en los últimos tiempos.

—¿Te olvidas de que yo era el gerente de una empresa dedicada a la fabricación de aparatos y cerebros electrónicos, mi querido Ian? Fue sencillo adaptarle a mi auto un sistema que obraba con efectos similares a los de un paracaídas... De ahí que yo llegara al fondo del precipicio sin el menor contratiempo, lo mismo que si me asentara sobre la fina arena de una playa. Allí abajo, esperándome con un helicóptero de bolsillo, estaba mi amigo Stacy. «El Mago», ¿sabes? Salí del coche y vestimos con mis ropas un esqueleto que dos delincuentes habituales se habían encargado de exhumar en un cementerio de una localidad vecina a Londres, que luego introducimos en el vehículo, el cual, remolcado con el helicóptero, alzamos hasta una altura prudencial para dejarlo ir al fondo del abismo donde se destrozó, incendiándose posteriormente. Quedando reducido a cenizas, porque me había ocupado también de colocar unas sustancias inflamables en puntos clave de la carrocería. ¿A que mi original historia te sigue resultando más fascinante que la tuya?

No hizo comentarios el psiquiatra. Solamente preguntó:

—¿Qué te propones hacer, Jess?

La sonrisa ahora, fue más que irónica, letal. Sádica. Reflejo de una decidida ominosidad. Como la respuesta:

—*Matarte...* —Y tras una breve pausa que parecía tener por objeto que Joyce asimilara aquel contenido decisivo, agregó—: Los tipos de tu condición moral no pueden vivir. No tienen derecho a vivir. Tú, vivo, serías siempre un peligro para mí. Una espada de Damocles pendiendo sobre mi cabeza. Y sobre la de Piper, claro. No tengo más remedio que dejarla viuda por segunda vez... ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí...

—Luego podré discutir con ella un asunto financiero que mi *muerte* dejó pendiente. Lo siento, Ian... Lo habías planeado todo tan bien, tan meticulosamente. Pero a los *malos* siempre os toca perder. Tendrías que haber leído alguna novela policíaca. ¿Ya sabes aquello de que no existe el crimen perfecto, verdad, Ian? Acabas de tener una prueba evidente. Así que...

Ian Joyce pegó un salto hacia la izquierda al tiempo que alzaba la mano con que empuñaba el arma.

Fue una acción pueril. Vacía. Absurda. Hasta inocente.

Porque Jess Drayton esperaba que actuase así.

Nada más sencillo que apretar el gatillo de su revólver provisto de silenciador y hacer un blanco perfecto, matemático, en la cabeza del psiquiatra. Que en un abrir y cerrar de ojos, desapareció casi por completo de encima de sus hombros.

Chorros de sangre y masa encefálica salpicaron cortinas, muebles y paredes, incluido el batín del ya cadáver, quien, como empujado por un violento huracán, salió hacia atrás tropezando contra la mesa del escritorio sobre la que acabó atravesado, cruzado, lo mismo que un luctuoso ornamento de una siniestra escribanía.

Piper, al borde de la histeria por tantos horrores vividos, aulló:

—¡Aaaaaaaaah!

—Eso, querida, te enseñará a no fiarte de la gente que tiene cara de persona honrada y que te habla con palabras suaves que parecen caricias.

—¡Es horrible, cielo santo! ¡Horrible!

Sapho, que había asistido desde el suelo, impotente, incrédula,

al horrible final del hombre que amaba locamente así como al giro catastrófico que en pocos minutos había dado el diabólico proyecto del psiquiatra, renunció al menor atisbo de resistencia.

Drayton, que parecía haber leído su pensamiento, dijo mirándola con sorna:

—Es la decisión más acertada de tu vida, golfa. Porque como ya estoy puesto, comprenderás que no me viene de un muerto, ¿verdad?

—¿Qué piensas hacer con el cuerpo de Ian? —preguntó Piper.

—Tranquila por eso, pequeña. Tranquila... Conozco las mil y una maneras de volatilizar un cadáver. *Eso*, es cosa mía. Tú y yo, Piper, tenemos otros asuntos que tratar, ¿entiendes? Jess Drayton, legalmente no existe... Desde hace poco tiempo me llamo Jordan Meredith y dispongo de falsa acreditación que demuestra que nací en Liverpool, que me quedé huérfano a corta edad, que soy contable, etcétera, etcétera. Jordan Meredith tiene proyectado casarse con Kim Laurie y ambos partirán hacia Sudamérica para empezar una nueva vida. Pero todo eso vale dinero, mi pequeña Piper. Mucho dinero. Unas doscientas mil libras... De las cuales te desprenderás generosamente a cambio de que yo te libere del cadáver de Ian Joyce al que, en principio, se dará por desaparecido, y cuando transcurra el plazo que prescribe la Ley, por muerto. Y tú, desde ese mismo instante, serás libre. Libre como...

EPÍLOGO

Por tercera vez se abrió con sigilo la puerta de aquella estancia donde tantos y tan sorprendentes sucesos se habían desarrollado en muy corto espacio de tiempo.

Una voz por detrás de Drayton, le interrumpió, anunciando:

—Ella... *es* libre como un pájaro. No necesita que tú la ayudes a volar, Jess. Porque ahora llega lo verdaderamente fascinante de esta historia...

Piper, iluminados los ojos con un brillo de alegría, estalló:

—¡Stacy, amor! ¡Creí que no ibas a llegar nunca!

—Antes de darte la vuelta, Jess, deja caer el revólver al suelo. ¡Vamos, haz lo que te digo!

Obedeció, sí.

Girando luego muy despacio, con la lentitud y torpeza que ponía en sus músculos y articulaciones aquel vuelco inesperado, sorprendente... Aquel epílogo que parecía un canto apológico a la irrealidad, a lo diabólico, a lo fantástico...

Fascinante, sí.

Porque Jess Drayton había reconocido la voz antes de que su «viuda» pronunciara el nombre.

¡Stacy Powers... «el Mago Stacy»!

Miró aquellos ojos demoníacos en los que brillaban lucecitas de burla, esquivas de muerte, destellos crueles...

—¿Sorprendido, Jess?

—Me faltan las palabras, Stacy. Tú... ¡Tú! El amigo en quien siempre había confiado. Aquel que me preparaba exorcismos para detener la maldad de mis enemigos. El que me dictaba conjuros para rendir a las mujeres que se me resistían... El que me enseñó a alterar mi destino fatídico leyendo los naipes del Tarot. Tú... el más canalla de todos. El más despiadado. El...

—El más inteligente, como diría Ian Joyce si pudiera oírte. Lo

siento... —Ensayó un gesto que realmente parecía evidenciar su disgusto—. De veras. Te había tomado afecto aunque jamás se me escapó que eras un canalla sin escrúpulos. Un canalla que, con el paso del tiempo, se habría de convertir en la pieza clave, vital, de mis proyectos. Uno, en el fondo, también es ambicioso. No sólo de magia vive el mago... Y también se es capaz de despertar sentimientos de amor y pasión en una mujer como Piper. Ven, pequeña.

Fue.

Para situarse junto al enigmático personaje que seguía llevando colgado del cuello aquel esotérico medallón, abarcándole por la cintura, apretándose contra él para mirar, a Jess con un guiño de pícara y divertida perversidad.

—Podemos llegar a un acuerdo... —apuntó Drayton con voz trémula.

Stacy Powers ahogó una carcajada.

—¿De qué estás hablando, pobre desgraciado? ¿Un acuerdo?... ¡Oh, sí, claro! ¡Éste! —Y junto con la exclamación se oyó el estampido de un disparo.

El de la pequeña automática Browning calibre 6,35 que empuñaba «el Mago Stacy». Cuyo impacto quedó reducido, ahogado, por los cortinajes y el forro de gutapercha que recubría las paredes de la estancia.

Jess, con una nueva válvula abierta en su corazón para comunicarlo con el exterior y permitir que se le fuese la vida por ella... Con una mueca de estupor pintada en su rostro... Jess Drayton se desplomó atrás, midiendo con la espalda el muelle alfombrado.

—Ahora sí. Ahora has llegado a la cresta de la muerte, Jess.

Muerto, sí.

—Sapho... —dijo el hombre de arrolladora personalidad, mirándola profundamente con sus ojos negros—. Tú me ayudarás a deshacerme de estos incómodos caballeros, ¿verdad?

La *strip-teaser*, asintió en silencio.

—Perfecto. Sabía que eres una chica muy servicial. Por supuesto que tendrás una compensación económica, tanto por tu ayuda como por tu silencio.

—¿Cómo lo harás, Stacy? —se interesó Piper.

—Sencillo, amor. A cuatro millas de aquí se está construyendo la estructura de una zona residencial. Grandes edificios, dos supermercados, escuelas, tiendas, lavanderías... Todo un complejo periférico. Hay muchas pilastras en proceso de encofrado [3]. Drayton y Joyce serán excelentes sostenes para ese futuro compendio de vida. Sus cuerpos, envueltos en hormigón, recubiertos en él, contribuirán a la grandeza del lugar. Jess, al fin y al cabo, ya estaba muerto... ¡Sapho querida, manos a la obra!

De madrugada, Stacy regresó junto a Piper.

Ella, luego de permitir el solaz romántico y apasionado de él, susurró:

—Te deseo...

—Eres la criatura más lujuriosa y excitante que he tenido jamás entre mis brazos. ¿Te apetece hacer el amor, pequeña? Una emoción más que añadir a...

—La mejor de todas, cariño.

Stacy la llevó en brazos hasta el dormitorio. La estaba tendiendo sobre el lecho, cuando ella, mimosa, preguntó:

—¿Y Sapho?... ¿Qué has hecho con ella, querido?

El misterioso y personalísimo Stacy la miró con aquellas impresionantes pupilas negras, bajo las cuales Piper creyó empequeñecer. Una sonrisa diabólica corrió por encima de sus labios sensuales, ahuecándose al exclamar:

—¡Oh!... ¿Sapho? Verás... Amaba demasiado a Joyce. Me ha confesado, al final, que no quería separarse de él. Que la vida sin Ian carecía de sentido para ella. Me ha parecido que acceder a su velada súplica era un acto piadoso. Los he enterrado juntos. Cubiertos con el mismo hormigón. Como Romeo y Julieta... Felices por toda la Eternidad.

Piper alzó la cabeza para besar con fruición la boca de Stacy.

Después, susurró:

—Fascinante, sí...

FIN

Intriga...
Acción...
Misterio...
Emoción...

Todo eso y mucho más
encontrará en las novelas
de la colección

TOP SECRET

Cuando empiece a leer una
de estas novelas,
rigurosamente inéditas, no
podrá dejarla hasta llegar
al final.

Ese es el propósito de los
grandes AUTORES, que le
ofrecen sus mejores obras
en la colección.

TOP SECRET

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

NOTAS

[1] La magia de la lectura del Tarot radica precisamente en los elementos que son sus símbolos. Cada carta encierra un significado preciso, pero los elementos en que se puede descomponer buscarán una relación con el consultante, y será el intérprete el encargado de transmitirla. Para situarse en condiciones de llevar a cabo una lectura del Tarot, es necesario solamente disponer de una guía que apunte el significado simbólico de las cartas, y conocer el método básico que relaciona con ellas al intérprete y al consultante, para desentrañar todo aquello que pueden ofrecer al lector. Obviamente, el contenido de la lectura variará de manera ostensible según las circunstancias personales del consultante y el *sui generis* del intérprete. (Nota del Autor). < <

[2] De apostatar. Negar la fe de Jesucristo recibida en el bautismo.
(Nota del Autor). < <

[3] Molde formado con tableros o chapas de metal en el que se vacía el hormigón, hasta que fragua, y se desmonta después. < <